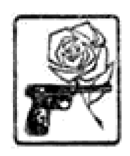

ARCHIVO SECRETO
Brigitte
EN ACCION
La romántica pareja
Lou Carrigan
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

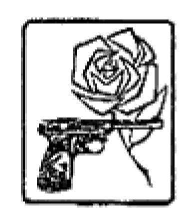
LA ROMANTICA PAREJA

LOU CARRIGAN

Colección
ARCHIVO SECRETO n.° 253
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



BRUGUERA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140. — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

400. — Un revólver indultado.

En Colección ARCHIVO SECRETO.

254. —Cinemateca real.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

334. — Nunca olvides tu revólver.

En Colección PUNTO ROJO:

853. — Harry and Harriet.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.465. — Un bello jardín en alguna parte.

ISBN 84-02-04953-2
Depósito legal: B. 25.612 — 1978
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: setiembre, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S.A
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

FINALMENTE, el taxi procedente de la ciudad de San Salvador se detuvo delante mismo de las verjas que protegían la hermosa hacienda.

Todavía dentro del vehículo, la señorita Brigitte Montfort estuvo unos segundos mirando hacia aquellas verjas, la gran mansión que se veía al fondo rodeada de árboles, arbustos y flores, y, sobre todo, examinando con su ya experto ojo clínico, a los dos hombres de paisano paseando al otro lado de las verjas.

El conductor del taxi, un mestizo de cara simpática y largos y caídos bigotes, se volvió a mirarla.

—Ya hemos llegado, señorita. El general Fuencarral vive aquí.

—Muchas gracias —asintió ella.

—Supongo que debo esperarla —dijo el chófer.

—Sí, será lo mejor. Supongo que tardaré bastante, pero no se preocupe. Haberme dedicado la tarde habrá sido verdaderamente compensatorio para usted.

—Estoy seguro de ello —sonrió el salvadoreño—. De lo que no estoy tan seguro es de que la dejen entrar a usted en la hacienda del general.

Brigitte le dirigió una mirada simpática mientras se disponía a apearse.

—¿Por qué no ha de recibirme? —preguntó—. Hace bastantes años conocí al general Tadeo Fuencarral, y según mi impresión, quedamos bastante amigos. Por lo tanto, espero que me reciba.

—Bueno —encogió los hombros el taxista—. Ojalá sea así, porque usted me ha caído muy simpática y preferiría que todo le saliese según sus deseos.

—Muchas gracias —exclamó Brigitte, riendo.

Se apeó del taxi y se acercó a las grandes verjas de hierro, laboriosa y bellamente forjado. Apenas los dos hombres que estaban al otro lado de las verjas la vieron aparecer y, por supuesto, captaron su clarísima intención de acercarse, se apresuraron a ser ellos quienes tomasen la iniciativa, de tal modo que cuando Brigitte llegó ante las verjas, ellos ya estaban allí, mirándola fijamente.

—Buenos días —saludó la periodista Brigitte Montfort sonriendo—. Quisiera ver al general Fuencarral.

—El general Fuencarral —replicó uno de los hombres— no recibe

visitas, señorita.

Brigitte Montfort, alias *Baby*, la agente de la CIA no perdió su sonrisa.

—Eso tengo entendido. Sin embargo, el general Fuencarral y yo somos viejos amigos. Si le llevan ustedes una tarjeta mía, estoy segura de que me recibirá.

—Es inútil —movió negativamente la cabeza el otro—. Ya le hemos dicho que el general no recibe absolutamente a nadie.

Brigitte miró de uno a otro hombre. Vestían unos trajes de color crema, bastante mal cortados, y por supuesto incapaces de ocultar bajo la axila izquierda el bulto de una pistola. Por lo demás, los dos hombres parecían tranquilos, sosegados y casi amables, no ese clásico tipo de guardaespaldas agresivo y grosero.

—Comprendo la posición de ustedes y las órdenes que supongo han recibido —insistió suavemente—. Sin embargo, creo que no van a perder nada si le pasan mi tarjeta al general.

—Ya le hemos dicho…

—Por favor —insistió aún más Brigitte—. Sean tan amables de complacerme. ¿Qué les cuesta eso?

Los dos vigilantes cambiaron una mirada, y, como si se hubiesen puesto de acuerdo, encogieron los hombros a la vez. Uno de ellos cogió la tarjeta que le tendía Brigitte entre las rejas, y se dirigió hacia la casa. El otro se quedó allí, como clavado en el suelo, sin dejar de mirar a Brigitte Montfort.

—Espero que el general no esté enfermo —dijo Brigitte.

—No, no —negó el otro rápidamente—. El general Fuencarral está perfectamente, señorita.

—Lo celebro. La última vez que lo vi desde luego era un hombre ya mayor, pero muy robusto y fuerte.

Uno de esos tipos de hombre que pueden alcanzar perfectamente la edad de cien años.

—Ojalá sea así —casi sonrió el vigilante—. Yo creo que se merece un largo y agradable descanso, después de tantas cosas que le han ocurrido.

Brigitte asintió solamente con la cabeza, mientras su apacible mirada, que parecía pasar incluso a través del vigilante, iba de un lado a otro del amplio jardín que rodeaba la hacienda de Tadeo Fuencarral. No solamente había por allí tres o cuatro hombres más, vestidos de modo normal y corriente, sino otros dos o tres que parecían ocupados en cuidar el jardín. No, no solamente se trataba de esos siete u ocho hombres, más los dos de la puerta, lo que hacía un total mínimo de diez, sino de que también deambulaban cansinamente por el jardín tres grandes perros, que a primera vista le parecieron de raza pastor alemán.

Cuando volvió a mirar al hombre de vigilancia, éste continuaba

mirándola y sonreía con cierta irónica amabilidad.

—Somos en total doce hombres y cuatro perros —dijo amablemente —, y si yo fuese una persona que quisiera perjudicar al general Fuencarral, me lo pensaría muy bien antes de cualquier intento. No sólo por los doce hombres, sino por los cuatro perros; la verdad es que no quisiera tener que vérmelas con ellos.

—Lo comprendo —asintió Brigitte.

Finalmente, el hombre que había ido a llevar la tarjeta de Brigitte salió de la casa y se reunió un minuto más tarde con su compañero y la periodista norteamericana en las verjas.

—Lo siento, señorita Montfort —devolvió la tarjeta entre éstas—. Pero como ya le dije, el general Fuencarral no puede recibir absolutamente a nadie.

—Querrá usted decir que no quiere —puntualizó Brigitte, recogiendo su tarjeta.

—Bueno… sí, realmente, es que el general Fuencarral no quiere recibir a nadie. Ni siquiera a usted. Lo siento.

—No se preocupe —sonrió una vez más la espía—. Supongo que el general tiene sus buenos motivos para negarse a recibirme. Por favor, si tiene ocasión, dígale que simplemente quería saludarle y desearle una gran prolongación de su estupenda salud. Buenas tardes.

—Adiós. Buenas tardes, señorita.

La espía periodista regresó al taxi, se sentó en el asiento de atrás y se quedó mirando al sonriente chófer, que tenía vuelta la cabeza hacia ella.

—¿Lo ve? —dijo el hombre—. Ya le dije que el general Fuencarral hace tiempo que no recibe a nadie.

—Pues tenía usted razón —asintió ella—. Por favor, regresemos.

El hombre se dedicó al volante, maniobró, y emprendió el regreso hacia San Salvador, capital de El Ecuador. Muy cerca de ellos estaba el lago Ilopango, cuya proximidad parecía agradar al general Tadeo Fuencarral. Y algo más lejos, al fondo, se divisaba el volcán de San Salvador, silencioso por el momento.

—¿Tengo que llevarla a algún hotel? —preguntó el salvadoreño.

—No. Déjeme en la plaza Barrios, por favor.

Veinte minutos más tarde, el taxi se detenía en la plaza Barrios, casi delante mismo del Palacio Nacional. La señorita Montfort, conforme a lo prometido, pagó los servicios del taxista con tal generosidad que el hombre se quedó realmente pasmado.

Se había alejado adentrándose en la plaza Barrios, donde los árboles proporcionaban una agradable sombra al todavía considerablemente cálido sol de la tarde.

En uno de los bancos, un hombre que leía una revista había alzado la mirada de ésta y contemplaba a la señorita Montfort. Un hombre de algo

más de treinta años, de cabellos castaños y ojos claros que la contemplaba con grandísima atención. Quizá fue por esto que la señorita Montfort fue a sentarse a su lado. Abrió el maletín rojo con florecillas azules, que en todo momento había sostenido en su manita izquierda, sacó un cigarrillo, lo encendió y luego se quedó mirando al hombre que seguía contemplándola.

—¿Quiere un cigarrillo, Simón? —ofreció.

—No, gracias. Me gustan más los habanos.

Brigitte *Baby* Montfort lanzó una contenida carcajada.

—Bueno, ya hemos llevado a cabo nuestra contraseña sin contratiempo alguno.

—Naturalmente —sonrió el atractivo personaje—, Bien. ¿Cómo le ha ido la visita al general Fuencarral?

—Mal. No ha querido recibirme.

—Bueno, usted ya fue advertida al respecto. El general Fuencarral se ha enclaustrado voluntariamente y no recibe más que… digamos visitas oficiales.

—Ya. Como la del comandante Nemesio Arévalo, por ejemplo.

—Por ejemplo —asintió Simón—. Ese comandante Arévalo le está visitando demasiado últimamente. Tal como informé a la Central oportunamente, la opinión que hemos formado los agentes destinados en El Salvador es que, posiblemente, el general Fuencarral esté preparando alguna de sus revoluciones.

—¿Realmente cree usted que después de todos los sinsabores que ha vivido el general Fuencarral se atreva una vez más a organizar una revolución armada?

—No lo sé. Lógicamente y ateniéndonos a un mínimo de cordura por parte de Tadeo Fuencarral, deberíamos pensar que ha decidido definitivamente vivir en paz y tranquilidad. Y que para conseguirlo se ha procurado una… especie de guardia personal que le protege con gran eficacia. Supongo que habrá visto usted también los perros.

—Sí —murmuró Brigitte—. Los he visto. Desde luego, entrar en esa hacienda no ha de ser precisamente un gran negocio.

—Yo creo que no, Pero volvamos al comandante Nemesio Arévalo. Este es un hombre relativamente joven para haber alcanzado este grado en el ejército del país. Considerando su trayectoria lo último que se podría pensar de él es que esté dispuesto a secundar de algún modo al general Fuencarral en una revolución. Sin embargo, y pese a que los salvadoreños no parecen haber prestado atención al hecho de que Nemesio Arévalo visite con tanta frecuencia al general Fuencarral, nosotros, la CIA, consideramos esto como un hecho… anormal. O cuando menos, poco corriente.

—De donde ustedes, mis amados «Simones» de El Salvador, han

llegado a la conclusión de que posiblemente el comandante Arévalo esté recibiendo, con continuidad, determinadas instrucciones del general Fuencarral.

—Podría ser así.

—Sí —murmuró Brigitte pensativa—. Podría ser así, en efecto. ¿Puedo ver ya la fotografía del comandante Nemesio Arévalo?

Simón sacó un sobre sin replicar y se lo entregó a Brigitte, la cual extrajo algunas fotografías de su interior. Todas correspondían al mismo hombre. En unas aparecía vestido de militar, en otras de paisano, en unas lejos, en otras cerca… Suficientes fotografías para poder identificar al comandante Nemesio Arévalo prácticamente en cualquier circunstancia. Y sobre todo estaba la fotografía de primer plano de su rostro. Un rostro inteligente, agradable, de ojos oscuros y risueños, cabellos negros, boca grande y sonriente, y haciendo juego con la gran boca unas tremendas orejotas que, a juicio de Brigitte, eran las que conferían el simpático aspecto a Nemesio Arévalo.

—Parece un hombre simpático —dijo.

—Sí. Debe serlo cuando a su edad ha escalado el puesto que ocupa y, desde luego, está muy lanzado hacia escalafones superiores.

—Bien. ¿Dónde vive exactamente Nemesio Arévalo?

—En la plaza Custodio número seis. Tiene allí un bonito apartamento. Y digo que es bonito sólo como suposición, ya que hasta el momento no nos ha parecido conveniente entrar en él durante algunas de las ausencias de Arévalo.

—Bien hecho. Yo me ocuparé de eso si procede,

Simón.

—Tenga cuidado —advirtió el agente de la CIA—. Ese edificio donde Arévalo tiene su apartamento está en una de las zonas elegantes de San Salvador. El edificio es solamente de tres plantas y consta de seis apartamentos. Quiero decir con esto que cabe la posibilidad de que ese pequeño reducto esté adecuadamente protegido, aunque sólo sea contra ladrones, por ejemplo.

—Entiendo, Pero yo no he dicho que vaya a visitar el apartamento del comandante Arévalo.

—No, no lo ha dicho. Pero después de tantos años de oír hablar de usted, uno llega a imaginarse su manera de operar. Por ejemplo, además de informar a la Central de Langley de las extrañas visitas del comandante Arévalo al general Fuencarral, yo mencioné, como es lógico, que Arévalo portaba siempre una cartera y que sería muy interesante echarle un vistazo a esa cartera. Para conseguir eso se puede hacer de dos modos. Uno, asaltando al comandante Arévalo cuando lleve esa cartera. Dos, esperar que el hombre llegue a su domicilio, saque de la cartera cualquier cosa que ésta contenga y la guarde en su

despacho, ya sea en su escritorio, en su caja fuerte, o en cualquier otro escondite que el hombre haya habilitado. Sea cual sea ese escondite, debo pensar que la agente Baby se interesará por él a fin de intentar comprender echando un vistazo a documentos mapas o cualquier cosa, qué es lo que pueden estar tramando el comandante Arévalo y el general Fuencarral.

—¡Caramba, Simón! —exclamó Brigitte riendo—. Es usted una especie de brujo adivinador del pensamiento.

—No —negó sonriente el espía—. Simplemente soy un espía veterano que admira a la reina del espionaje mundial.

—Se lo agradezco mucho —Brigitte dejó caer el cigarrillo y lo aplastó con un pie—. Permanezca atento a la radio de bolsillo, Simón. Pero no me llame usted a mí salvo que sea absolutamente necesario. Yo le llamaré a usted… también sólo si es absolutamente necesario.

—De acuerdo. ¿Puedo hacer alguna cosa personal por usted?

—No. Es decir, sí. Cuídese y no quiera sobrepasar sus posibilidades.

Sin decir nada más, la espía se inclinó hacia un lado, besó al agente de la CIA en una mejilla, se puso en pie y se alejó.

Siete u ocho minutos más tarde regresaba a pie al hotel Alcatraz, donde aquella misma mañana, apenas llegar a San Salvador, había ocupado la habitación veinticuatro. Pidió la llave y se dirigió hacia las escaleras. Subió al segundo piso y fue hacia una de las puertas. No la veinticuatro, sino la veintiséis, a la cual llamó quedamente con los nudillos de una forma convenida.

La puerta se abrió inmediatamente, atraída por un hombre de metro ochenta y cinco, delgado pero atlético, de rostro anguloso y firme, muy quemado por el sol, ojos oscuros y cabellos color cobre. Ni más ni menos que Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos. Sólo que en aquellos momentos, Número Uno era el señor Clark Coleman, viajante de productos electrónicos que había hecho una simple parada en El Salvador durante su ruta hacia América del Sur.

Mientras por su parte, la señorita Montfort era simplemente eso: Brigitte Bierrenbach Montfort, la famosa periodista neoyorquina del *Morning News.*

—¿Has conseguido verlo? —preguntó él después del larguísimo beso, iniciado apenas se vieron.

—No. El general Tadeo Fuencarral, evidentemente, no quiere ver a nadie. Y cuando digo a nadie, quiero decir a nadie.

—Entiendo. Eso puede significar que tu trabajo en San Salvador puede prolongarse. De tal modo que yo, que sólo te he acompañado hasta aquí pensando que solucionarías el problema rápidamente para poder irnos a pasar unos días en Acapulco, tendré que estar tumbado en la cama mientras tú y rus «Simones» os ocupáis de meter las narices en

los asuntos de ese anciano general.

—En lo que a mí respecta, mi amor —dijo Brigitte—, habría preferido que el general Fuencarral me hubiese recibido a fin de por mi propia visión del ambiente y por las consecuencias que obtuviese del interrogatorio periodístico, saber a qué atenerme sobre la situación que parece estar creándose en torno al general. Yo supongo que todo esto puede ser un exceso de celo por parte de Simón, pero no podemos desoír sus advertencias a la Central.

—Ha sido revolucionario durante muchos años —replicó Número Uno—. Y ello le ha costado ya no pocas penalidades, años de cárcel e incluso temporadas de exilio; y alguna que otra condena a muerte de las cuales es verdaderamente milagroso que se haya salvado. Un hombre en estas condiciones y que ya tiene, según cuentan las enciclopedias históricas, no menos de setenta años, quizá no esté ya dispuesto a complicarse la vida. ¿Has pensado en esto?

—Por supuesto que sí, mi amor. Pero hay un refrán español que dice: genio y figura hasta la sepultura. Y a lo mejor el general Tadeo Fuencarral está muriéndose y preparando su última revolucioncita.

—Está bien —encogió los hombros Número Uno—. Una revolución significaría la utilización de armas de fuego, y por tanto, muchas muertes y siempre la posibilidad de que la cosa pasase a mayores y hubiese toda una serie de complicaciones. Como ya sé que tú no permitirías jamás, no ya una guerra, sino una pequeña revolucioncita, que pudiera ocasionar, como siempre, víctimas inocentes, me resignaré a que sigas en ese asunto. Pero me gustaría enfocado de modo que lo terminásemos cuanto antes y cumpliésemos nuestro objetivo de ir a tomar el sol a Acapulco. ¿Te parece que me estoy comportando de un modo egoísta?

—Claro que no —ella volvió a besarlo en los labios y luego suspiró—: ¿Acaso crees que yo no estoy deseando tanto como tú ir a Acapulco?

Clark Coleman, Angelo Tomasini, Número Uno abrazó por la cintura a Brigitte y fue subiendo las manos suave y lentamente hasta que llegaron a los primeros botoncitos de la blusa de color azul pálido que vestía la espía. Y al mismo tiempo que comenzaba a desabrocharla, susurró:

—Yo siento predilección por estar contigo sea donde sea y como sea.

—Entonces, mi amor, supongo que querrás acompañarme a la plaza Custodio número seis.

Número Uno se detuvo en seco en su ya casi terminado acto de desabotonar la blusa.

—Por supuesto que te acompañaré.

—Pero no ahora, mi amor. Ahora tenemos tiempo para… hablar de nuestras cosas y pensar en lo bien que lo vamos a pasar muy pronto en

Acapulco.



Capítulo II

NATURALMENTE, tratándose de dos espías de la categoría de Número Uno y Baby, las cosas inicialmente se hicieron bien.

En primer lugar, ocupando los dos un coche de alquiler que conducía Número Uno, dieron un par de discretas vueltas alrededor del edificio número seis de la plaza Custodio, e incluso aminorando la marcha pudieron echar un vistazo al pequeño jardín interior, No vieron nada que pudiese implicar un excesivo cuidado, ni muchísimo menos señal alguna de que en aquel edificio hubiese una vigilancia ni remotamente parecida a la establecida en la hacienda del general Tadeo Fuencarral.

Convencidos de esto, considerando que aquel edificio era simplemente para vecinos normales y corrientes, pero adinerados, Numero Uno y Brigitte se alejaron de allí unos trescientos metros, estacionaron el coche y se apearon. Como ya todo había sido convenido no tuvieron necesidad de cambiar ni una sola palabra. Solamente un breve besito de Brigitte a Número Uno.

Luego se separaron, y cada uno por un lado se dirigieron hacia la plaza Custodio. El primero en llegar, también siempre de acuerdo a lo convenido, fue Número Uno que se apostó en un lugar conveniente para poder controlar todo el edificio y las personas que saliesen o entrasen en él.

Precisamente, cuando apenas hacía dos minutos que el espía se había apostado, apareció la muchacha rabia que caminaba sin prisas pero con aire decidido hacia el número seis de la plaza Custodio. Una muchacha rubia, con zapatos de tacón bajo y un Vestido diferente al de Brigitte Montfort, pero que para Número Uno no tenía misterio ni engaño alguno.

Poco después, desde su observatorio, el espía vio cómo la muchacha rubia entraba en el edificio.

Entonces miró su reloj. Eran las diez y cuarenta minutos de la noche. Se concedió a sí mismo un tiempo máximo de veinte minutos, esto es, hasta las once, para que Brigitte volviera a salir. Si a las once en punto ella no había abandonado el edificio, él entraría a buscarla.

Mientras tanto, la preciosa muchacha rubia había subido ya sin contratiempo alguno hasta el tercer piso, donde sabían ya muy bien que el comandante Nemesio Arévalo tenía su apartamento, exactamente el

número Cinco. Como sabían también, por medio de Simón, que había sido el encargado de controlar aquella noche a Arévalo, que éste se hallaba en una recepción de la que era poco probable regresase antes de media noche. Ya ante la puerta del apartamento número cinco, Baby echó un rápido vistazo a la cerradura y decidió cuál de las ganzúas de su juego debía de utilizar. Las sacó del maletín, eligió una y la introdujo en la cerradura. En alguna parte del mismo edificio se oía una música suave. Eso era todo. Por lo demás reinaba calma absoluta en el elegante edificio.

Pero, para verdaderamente elegante, la agente Baby, que en menos de dos segundos forzó la cercadura, Empujó la puerta, entró, cerró tras ella con todo cuidado y quedó inmóvil. Un minuto más tarde, sin haber oído ruido alguno en el apartamento, comenzó a moverse por éste. Y otro minuto después sabía ya que no había nadie allí, ni despierto ni dormido. Entonces encendió su pequeña linternita-bolígrafo que lanzaba un rayo de luz de un grosor no superior a éste y comenzó a deslizaría primero por el suelo y luego por los muebles y fue ascendiendo hacia las paredes. Localizar el despacho desde luego fue sencillísimo. Un despacho no demasiado grande y amueblado confortablemente, pero con cierta ligereza, sin recargamientos de ninguna clase. La mesa, de brillante madera barnizada reflejó hacia el techo el rayito de luz, que cayó sobre ella. Baby se desplazó hasta allí, se sentó en el sillón que normalmente ocuparía el comandante Arévalo y comenzó a dar suaves tirones de los cajoncitos. No se sorprendió demasiado de que éstos cedieran. Y por lógica, esto la convenció de que allí, en la mesa, tanto en los cajones laterales como en el central no iba a encontrar nada que tuviese importancia en ningún sentido.

Por lo tanto, pensando que si más adelante no encontraba otra cosa mejor volvería a la mesa, se puso en pie de nuevo y teniendo cuidado de que el rayo de luz no fuese a dar a la ventana cubierta con ligeras y alegres cortinas, fue deslizándolo por las paredes. Había una librería, cuadros, algún trofeo deportivo… pero nada que pareciese una caja fuerte. Sin embargo, tan sólo un minuto y medio más tarde *Baby* Montfort, ahora convertida en una espléndida rubia, había encontrado la caja fuerte.

Nada extraordinario. Nada que reflejase una gran imaginación. Simplemente la caja fuerte estaba en la librería, detrás de un bloque de libros simulados que cedió cuando las manos de Brigitte llegaron allí tirando siempre suavemente de los volúmenes. Dejó abierta aquella especie de puerta formada por lomos de libros y se quedó mirando la pequeña puerta de acero y que por supuesto ésta sí estaba cerrada y bien cerrada. Y no sólo esto, sino que estaba conectada a una red de alarma.

Cuando menos así lo pensó Baby al ver a la derecha de la caja el ligerísimo abultamiento en el empapelado de la pared. Con cuidado,

tocó con dos dedos aquel abultamiento y pudo seguirlo unos pocos centímetros hasta que desapareció completamente.

Sin vacilar ni un instante Baby abrió su maletín del cual sacó la pequeña radio.

Apretó el botón de llamada y, en el acto, del aparato brotó la voz de Número Uno:

—¿Qué ocurre? —se le notaba tenso.

—No ocurre nada por el momento —susurró Brigitte—. Es simplemente que la caja fuerte de Arévalo está conectada a una alarma. Si supiese seguro que la alarma es sólo para su caja fuerte quizá pudiese desconectarla Pero quizá cortar esta alarma haga funcionar otro sistema del apartamento o de todo el edificio.

—Entiendo. Bueno, si me concedes unos minutos puedo intentar encontrar el modo de solucionar este pequeño contratiempo.

—Te lo voy a agradecer mucho.

Número Uno cortó el contacto, también lo hizo Brigitte, y dejando la radio metida en su escote, fue a sentarse de nuevo ante la mesa del despacho. Mientras esperaba se dedicó a examinar con cuidado los cajones moviendo algunos papeles, cajas de cigarros e incluso había algo de dinero. Pero nada que pudiese merecer el especial interés de una espía internacional.

Habían transcurrido solamente seis o siete minutos cuando la radio que tenía en el escote emitió un suave zumbido.

—¿Sí, mi amor?

—Puedo cortar el suministro eléctrico de ese edificio y me parece que el de otros dos más, uno a cada lado de él. ¿Lo hago?

—¿Cuánto tardarás?

—Para hacerlo bien diez minutos por lo menos.

—Tómate quince, quiero que lo hagas como Número Uno puede hacerlo, tomándose el tiempo necesario.

—De acuerdo.

De nuevo quedó cortada la comunicación entre los dos espías. Brigitte se colocó de nuevo la radio entre los senos, desengañada de sus posibilidades de encontrar algo en la mesa de despacho, decidió efectuar un pequeño registro por el resto del apartamento. Registro que no condujo tampoco a nada productivo.

—¿Sí? —atendió en el acto la llamada Brigitte.

—Puedo cortar la luz dentro de un minuto.

—Hazlo, por favor.

De nuevo incomunicados los dos.

Brigitte regresó al despacho, se colocó a un lado de la ventana y "estuvo mirando el resplandor de luz que brotaba de otras ventanas, de otros apartamentos del mismo edificio. Exactamente un minuto después,

ese resplandor de luces desapareció. La lejana y amortiguada música dejó de oírse y en alguna parte hubo como un par de exclamaciones de disgusto.

Inmediatamente Brigitte se colocó ante la caja fuerte y comenzó a manipular en el dial de la combinación. Tardó cuatro minutos y medio en encontrar la combinación exacta. Tiró de la portezuela, que cedió, y dirigió al interior de la caja el rayo de luz.

Lo primero que vio fue una pistola a lo que, por supuesto, no concedió importancia alguna. La colocó a un lado, sujetó la linterna-bolígrafo con los dientes y utilizando las dos manos libremente pudo sacar de una sola vez el contenido de la caja que fue a depositar sobre la mesa.

Lo primero que llamó su atención fue algo que relucía intensamente a la luz de la linterna que, naturalmente, ella apuntaba hacia su momentáneo botín.

Lo tomó con una mano y se quedó mirándolo tan sorprendida que la linterna-bolígrafo casi escapó de sus dientes.

Era un billete.

Un billete de Banco, pero el billete más sorprendente que Brigitte *Baby* Montfort había visto en su vida. En primer lugar el billete no era de papel, sino de oro. Una lámina fina de oro que sonaba casi musicalmente al ser movida y en la cual se había grabado lo siguiente:

NEW INTERNATIONAL BANK
pagará al portador, en oro, o billetes del Banco de su elección,
la cantidad equivalente a
UN MILLON DE DOLARES
USA $ 1.000.000
República de Ilopango, 1978 — AMERICA

«¡Santo cielo! —pensó la espía—. ¿Qué es esto? ¡Un billete de oro por un millón de dólares!»

Tuvo que hacer un esfuerzo para sustraerse a la fascinación que ejercía sobre ella aquel precioso billete. Era realmente una auténtica obra de arte y que además, al parecer valía nada menos que un millón de dólares.

Sí, un millón de dólares. Pero tenía algunos pequeños inconvenientes. Por ejemplo: el New International Bank era un Banco del cual la espía no había oído hablar nunca. Y luego estaba lo de la República de Ilopango, de la cual tampoco había oído hablar jamás. Por último lo de la fecha de emisión del aurífero billete. Esta fecha era el año mil novecientos setenta y ocho. Es decir, que el New International Bank había emitido un billete en oro por un millón de dólares en mil

novecientos setenta y seis para pagar en mil novecientos setenta y ocho; esto es, dos años después.

¿Qué significado podía tener esto?

Verdaderamente desconcertada, Baby dejó a un lado el billete y se dedicó a examinar los papeles que tenía a su disposición.

Había por ejemplo, unos cuantos folios mecanografiados en los que se especulaba sobre el modo más adecuado de movilizar mil quinientos hombres a través de una marcha por las montañas. Había también unos mapas en los que determinadas cotas altas, justamente todas ellas cerca de la irresoluta frontera entre Honduras y El Salvador, habían sido señaladas con lápiz rojo. Y había también algunos recortes de periódicos en los que se hablaba sobre esta frontera no bien establecida entre los dos países mencionados.

Uno de esos recortes, de fecha más reciente, había parecido merecer la especial atención de Arévalo, puesto que estaba marcado con lápiz también rojo.

El artículo era más bien breve, y decía lo siguiente:

> ACUERDO, AL PARECER DEFINITIVO, ENTRE HONDURAS Y EL SALVADOR
>
> Los ministros de Asuntos Exteriores de Honduras, señor Roberto Palma Gálvez, y de El Salvador, señor Mauricio Borgonovo, parece que han llegado a un acuerdo satisfactorio para la negociación que podría resolver definitivamente el problema fronterizo que ha tenido enfrentados y prácticamente enemistados a esos dos países centroamericanos desde hace más de siete años.
>
> Tras dos días de negociación, se ha abierto una nueva esperanza para el buen entendimiento entre esos dos países. Y se espera, en breve, una conferencia privada entre los presidentes de El Salvador y Honduras, los cuales se reunirían al parecer secretamente, especulándose acerca de que ese lugar sería una de las localidades de Honduras o El Salvador, cercanos a la nueva frontera definitiva que se espera quede establecida. Muy probablemente la elección del lugar para esa conferencia privada recaería sobre la pequeña localidad montañesa de Chalatenango.

La noticia estaba fechada en Washington el día once de septiembre.

¿Estaban unas cosas relacionadas con otras, o eran simplemente

asuntos diversos del comandante Arévalo que éste iba guardando en su caja fuerte sin un objetivo determinado?

Todo esto, sí, podía pensarse respecto a los recortes de periódico, las cuartillas escritas en términos logísticos e incluso los mapas que tenían señaladas con círculos rojos algunas cotas.

Pero lo sorprendente, lo que hacía vacilar a la agente Baby y en definitiva no entender nada de nada, era lo del billete del New International Bank por un millón de dólares.

Tras breve vacilación extendió todo sobre la mesa bien colocado y acto seguido procedió a correr las cortinas de la ventana de modo que no pudiese ser vista desde el exterior la luz que ella iba a producir.

Colocó el diminuto *flash* de carga múltiple en su pequeña cámara fotográfica y procedió a tomar rápidamente cuatro fotografías que abarcaban cada una de ellas la mitad del material colocado sobre la mesa. Es decir, que lo tenía todo por duplicado y en dos mitades cada vez.

Recogió todo su material, colocó en la caja fuerte todo lo que había estado examinando puso la pistola tal como la había encontrado, cerró, descorrió las cortinas de la ventana… En fin, lo dejó todo tal como había estado cuando ella llegó.

Y entonces volvió a llamar utilizando la pequeña radio.

—Dime —oyó la voz de Número Uno.

—¿Hay alguna dificultad por ahí afuera?

—Por aquí, no.

—Voy a salir.

—De acuerdo.

Segundos después, la agente Baby, tras asegurarse de que no había en el descansillo de los dos apartamentos del tercer piso nadie que pudiese estar interesándose por la avería, abandonó el apartamento del comandante Nemesio Arévalo.

Tan sólo tres minutos más tarde, ella y Número Uno coincidían en el coche que había alquilado aquella tarde el espía.

—¿Y bien? —preguntó Número Uno ante el volante.

—He tomado unas fotografías de algunos mapas y folios mecanografiados, así como de unos cuantos recortes de periódico. Pero sobre todo, mi amor, espera a que veas el billete de Banco que voy a enseñarte. Me apuesto un millón de dólares a que te resulta sumamente interesante.

* * *

Brigitte Montfort entró en su habitación esta vez, es decir la número veinticuatro del hotel Alcatraz, y como esperaba, Número Uno estaba

allí, tendido en la cama y esperando impacientemente su regreso.

Ella se sentó en el borde del lecho, se inclinó y lo besó en los labios.

—¿Te ha revelado tu Simón las fotografías?

—Naturalmente. ¿Quieres verlas?

Brigitte encendió la luz de la mesita de noche. Luego entregó a Número Uno el sobre que contenía las fotografías. El espía se sentó en la cama, las sacó y las fue examinando con expresión hermética. Solamente cuando la fotografía del billete por un millón de dólares quedó ante sus ojos, advirtió Brigitte una chispa de interés en éstos.

—¿New International Bank? —murmuró Número Uno—. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—No. Y supongo que tampoco has oído hablar de la República de Ilopango. Y ya puestos a suponer, digamos que nosotros somos tontos por creer que estamos en el verano de mil novecientos setenta y seis.

—No somos tontos —refunfuñó Número Uno—. Y estamos en el verano de mil novecientos setenta y seis.

—Bueno… Sin embargo en el billete del New International Bank pone que estamos en mil novecientos setenta y ocho.

Número Uno volvió a dirigir la mirada al billete, movió la cabeza con un gesto de desconcierto.

—Bueno, no creo que sea necesario que yo me moleste en leer las noticias de periódico ni los folios mecanografiados ni en echar un vistazo a los mapas… Puedo perfectamente entendérmelas con la conclusión a que tú hayas llegado. ¿Cuál es tu conclusión?

—Si quieres que te diga la verdad —murmuró Brigitte inclinándose para besarle en un pectoral—, no he querido llegar a ninguna conclusión.

—Bien… ¿qué hacemos?

—Pues., te lo explicaré durante la noche y lo empezaremos a hacer mañana por la mañana.

Capítulo III

EL comandante Nemesio Arévalo se había llevado un buen susto la noche anterior, desde luego.

Un susto tremendo producido por el hecho de que cuando llegó a la plaza Custodio vio que todas las luces del edificio donde tenía su apartamento estaban apagadas. Temiendo cosas extrañas relacionadas con su persona y con los provectos que estaban concretando con el general Tadeo Fuencarral, Nemesio Arévalo había subido velozmente a su apartamento, en donde por supuesto, lo que más le interesaba era la caja fuerte.

Cuando la abrió y vio que todo estaba allí, lanzó tal suspiro que luego llegó a pensar que incluso podían haberlo oído sus vecinos de edificio.

No había ocurrido nada; sencillamente y tal como por la mañana se había comprobado, se había roto un soporte de uno de los aislantes de la red eléctrica que abastecía aquel edificio y el de la derecha y de la izquierda y los tres habían quedado a oscuras hasta que la avería fue reparada.

No hubo más consecuencias, de lo cual se aseguró muy bien Arévalo examinando todo el contenido de la caja. Entre esto y una noche de buen y profundo sueño, Nemesio Arévalo se encontró al día siguiente en óptimas condiciones para afrontar sus obligaciones militares habituales y honorables y hacia las seis y media o siete de la tarde, el comandante Arévalo decidió que había llegado el momento de hacer otra de las imprescindibles visitas al general Tadeo Fuencarral.

Naturalmente a él nadie le cerró el paso. Las verjas fueron abiertas por los dos vigilantes de turno en ellas, sin que él hubiese tenido ni siquiera necesidad de apearse, puesto que le conocían sobradamente a él y a su coche, un viejo «Ford 66».

Paseando por el jardín, jugando con los cuatro perros que completaban la vigilancia de la docena de hombres, estaba Fabián Ayala, el hombre que vivía con Tadeo Fuencarral haciendo de todo. Le servía como secretario, como mayordomo, como criado personal… Pese a que Fabián Ayala era un hombre reconocidamente desagradable y de carácter desabrido y estúpido, quedaba bien patente en cualquier circunstancia su lealtad hacia Tadeo Fuencarral.

En la entrada a la casa se reunieron Fabián Ayala y Nemesio Arévalo que al apearse del coche le vio llegar rápidamente.

—Hola, comandante —saludó Ayala—. ¿Todo va bien?

—Por supuesto —asintió Arévalo.

—Al general le gustará oír eso. Venga conmigo, por favor: le está esperando hace rato.

Debía tener en efecto no menos de setenta años, pero aparentaba algunos menos. Era alto, grueso, sólido como un peñasco, evidentemente fortísimo. Sólo en los oscuros ojos ya cansados y enrojecidos evidenciando una irascibilidad notable, podía llegarse a un cálculo aproximado y cercano de su edad.

Por lo demás, Tadeo Fuencarral, vestido con pantalones blancos y camisa de color caqui, tiesos sus blanquísimos bigotes, resultaba todavía una recia estampa digna de admiración.

—A las órdenes de usted, mi general —se cuadró ante él el comandante Nemesio Arévalo saludando enérgicamente.

—No digas estupideces, Arévalo —gruñó Fuencarral—. Yo no soy general de nada, puesto que fui cesado, procesado, encarcelado, condenado…

—Para mí siempre será usted mi general, mi general —dijo decididamente Nemesio Arévalo.

Fabián Ayala, que había entrado tras él y estaba encendiendo un cigarrillo, emitió una risita de auténtica guasa. Luego, cuando Nemesio Arévalo le miró, sonrió y encogió los hombros.

—¡Caramba! —dijo—. Es que resulta usted casi divertido, Arévalo.

—Yo no encuentro que haya nada divertido en eso —replicó secamente el comandante Arévalo.

—No vamos a discutir nosotros —cortó y zanjó el asunto el general Fuencarral—. ¿Estuvo usted anoche en la recepción, Arévalo?

—Así es, mi general.

—Bien. ¿Acudió el hombre que debía ponerse en contacto con usted?

—Sí, mi general. Estuvimos conversando con discreción mientras tomábamos unas copas. Me aseguró que por parte de ellos todo está absolutamente preparado, listo para la acción.

—Está bien. ¿Insistió usted en que si bien nosotros disponemos de suficientes hombres, no conseguiremos nada si no tenemos esas armas?

—Insistí en ello adecuadamente, mi general. Y el hombre insistió a su vez en que cuando llegue el momento tendremos todas las armas y absolutamente todo el material que podamos necesitar.

—Magnífico. ¿Qué sabemos de Lazlo Krab y Billy Ziegel?

—Bueno, mi general, tal como le dije durante la última visita, ellos están descansando esperando el momento de intervenir. Lazlo Krab está en el chalé de la playa, en La Herradura. En cuanto a Billy Ziegel, que es

más refinado y comodón, está instalado naturalmente en una de las mejores *suites* del hotel Colón.

—De acuerdo. ¿Hay alguna dificultad o algo preocupante en cualquier sentido, Arévalo?

Por un instante, por la mente de Nemesio Arévalo pasó aquel corte de suministro eléctrico de la noche anterior en el edificio donde tenía su apartamento. Fue un instante brevísimo y la idea fue rechazada sin más complicaciones.

—No, mi general. Todo está bien, todo funciona normalmente y al parecer no hay ninguna dificultad en ningún sentido.

—¿Qué quiere decir «al parecer»? —frunció el ceño Tadeo Fuencarral.

—Bueno, señor, si me permite decirlo…

—Claro que se lo permito —gruñó hoscamente Fuencarral—. No estamos aquí para andarnos con tonterías, sino para decir lo que se tiene que decir. ¿Qué tiene que decir usted?

—Verá usted, mi general… Como bien sabe, puesto que todo lo ha ideado usted, tengo en casa sus disposiciones logísticas destinadas a la acción para cuando llegue el momento. Sin embargo, de acuerdo con sólo esas instrucciones yo no podría hacer nada llegado el momento.

—Ya le dije, Arévalo, que el resto de instrucciones que completarán definitivamente el plan, las recibirá usted cuando sea el momento oportuno. Solamente entonces.

—Sí, mi general, lo comprendo. Comprendo su punto de vista y en realidad estoy de acuerdo con usted, señor. Pero me preocupa pensar que quizá usted no me entrega el resto de instrucciones, sin las cuales de nada sirven las que yo tengo, porque quizá desconfía de mí.

—Deje ya de decir tonterías —gruñó Fuencarral comenzando a irritarse de nuevo—. Confío en usted y confío en los dos hombres que tenemos contratados para cometer los asesinatos: Lazlo Krab y Billy Ziegel. Deje que primero cumplan ellos su parte y entonces verá como yo cumpliré la mía y sé que usted la suya. La conversación en este sentido ha terminado por lo tanto, Arévalo. ¿Quiere tomar algo?

—Sí, mi general —sonrió Nemesio Arévalo—. Con mucho gusto, gracias.

—Sírvenos, Fabián —ordenó Fuencarral.

—Mi general, usted no debería beber —recordó Fabián Ayala.

—Cierra la boca. Estoy harto de tus recomendaciones. Quiero que me sirvan un whisky y sirvas otro a Arévalo. Y sírvete otro tú también.

—Sí, mi general —encogió los hombros Fabián Ayala—. Le serviré el whisky y cuando cualquier día reviente, me dedicaré a enterrarlo sin verter ni una sola lágrima, porque usted se lo habrá buscado.

—Todavía ha de pasar mucho tiempo para que yo reviente —entornó

malignamente los ojos Tadeo Fuencarral—. Y lo cierto y seguro es que no reventaré sin haber conseguido mi último objetivo. Esta vez no vamos a fallar, Fabián.

—Lo mismo dijo usted las anteriores, mi general —recordó Fabián Avala comenzando a servir el whisky.

—Pero esta vez es diferente. En las ocasiones anteriores todo tenía que hacerlo yo y todo tenía que proporcionarlo yo. Esta vez tenemos poderosísimos aliados que nos ayudarán a conseguir nuestro objetivo.

* * *

Faltaban unos pocos minutos para el anochecer, cuando finalmente Número Uno bajó los prismáticos con los que había estado mirando hacia la parte ascendente de la carretera.

—Ahí viene —musitó.

Brigitte, que había estado sentada junto a él escondida entre los matorrales, aprovechando su turno de descanso de vigilancia para fumar un cigarrillo, se apresuró a apagar éste concienzudamente en el suelo, y tomó los prismáticos que le tendía Número Uno.

Los enfocó hacia la carretera y, en efecto, vio acercándose y descendiendo por la curvada pendiente el coche del comandante Nemesio Arévalo.

Devolvió los prismáticos a Número Uno, lo miró y sonrió.

—Hasta luego, mi amor.

—Ten cuidado —masculló Número Uno.

De nuevo sonrió Brigitte, dio un leve besito en los labios al hombre que amaba, se puso en pie, cruzó rápidamente entre los matorrales y apareció en la carretera, junto al coche en el que habían llegado hasta allí.

Siguiendo el plan preparado por Número Uno, Brigitte alzó la tapa del motor de su coche, mientras miraba de reojo hacia la carretera. A los pocos segundos el coche de Nemesio Arévalo estaba ya en la última pendiente acercándose a velocidad moderada. La espía se quedó en pie junto al destapado motor del coche y con la cabeza vuelta hacia el otro vehículo que se acercaba. Cuando estuvo lo bastante cerca, Brigitte se apartó unos pasos del coche caminando hacia el centro de la carretera y alzó los brazos agitándolos en una clara petición de ayuda.

Nemesio Arévalo, como buen militar era todo un caballero. Y un caballero es incapaz de dejar que una dama en apuros se las componga como pueda. Así pues, detuvo el coche a la derecha de la carretera, esto es, detrás del de Brigitte y se apeó.

Nada más poner los pies en el asfalto, Arévalo se dijo que su vista no le había engañado ni mucho menos. Le había parecido que era una

hermosa mujer, pero se había quedado corto. Cuando se acercó a ella, contemplándola con discreta mirada de arriba abajo, el comandante de las fuerzas militares salvadoreñas comenzó a sentir una especie de violento calor y unos inusitados y rápidos latidos en las sienes.

—Por favor —dijo ella cuando todavía Arévalo estaba caminando—. ¿Podría usted ayudarme, señor?

—Lo haré con mucho gusto si me es posible, señorita. ¿Se encuentra usted bien?

—¿Yo? —se sorprendió ella.

—Bueno, quiero decir que espero que no haya tenido ningún accidente.

—¡Oh no, muchas gracias! Se trata solamente de una avería. Es un coche alquilado y al parecer no ha respondido a todas las garantías que me hicieron sobre su funcionamiento.

—De todos modos no le aseguro que pueda reparar la avería. Francamente, esto de los motores no se puede decir que sea mi habilidad especial.

—Por poco que entienda usted, entenderá más que yo —sonrió la hermosa rubia de verdes ojos—. Estoy segurísima de ello.

—Yo no —volvió a reír Arévalo—. Pero no se pierde nada mirando. Vamos a ver.

Mientras Nemesio Arévalo echaba un vistazo al motor, quien realmente estaba viendo, es decir, mirando con los prismáticos, era Angelo Tomasini, Número Uno. Siempre previendo cualquier contingencia o acontecimiento inesperado, desde su escondite seguía mirando hacia lo alto de la carretera. Pero al parecer, ningún otro coche llegaba detrás del comandante.

Mientras tanto, éste, tras examinar lo poco que conocía del motor se irguió y miró a la rubia norteamericana que le dirigió una mirada esperanzada, muy abiertos los ojos.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Ha localizado la avería?

—Me temo que no. Quisiera poder ayudarla, señorita, pero no va a ser posible en esta ocasión.

—Vaya por Dios —se lamentó ella—. ¿Y qué hago yo ahora?

—Si me permite puedo llevarla hasta San Salvador. En la ciudad podemos buscar cualquier taller de reparaciones que enviarán aquí personal adecuado para rescatar su coche.

—Bien… Bueno, realmente es una oferta muy amable por su parte, señor…

—Arévalo. Nemesio Arévalo, y estaré encantado de llevarla en el coche.

—Pues se lo agradezco mucho, señor Arévalo. ¿Me permite que recoja unas pequeñas cosas personales de mi coche?

—Por supuesto.

Brigitte Montfort se limitó a abrir la portezuela del coche, recoger el maletín rojo con florecillas, y tras cerrar la portezuela, se volvió con encantadora sonrisa hacia el salvadoreño.

Fueron los dos hacia el coche de Arévalo, el cual abrió la portezuela delantera derecha. Una vez acomodada Brigitte en el asiento, el militar pasó a ocupar el de frente al volante y puso el coche en marcha.

—¿Puedo preguntarle su nombre? —sonrió Arévalo volviendo la cabeza hacia Brigitte.

—Puede preguntarlo, en efecto —asintió ella—. Pero me parece que la respuesta no va a gustarle.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Arévalo—. No comprendo.

La rubia introdujo dos deditos en su escote y, para auténtico pasmo de Nemesio Arévalo, sacó una pequeña pistolita con la que apuntó con escalofriante firmeza a su sien.

—Pero… ¿Qué ocurre? ¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

—Ocurre que quiero que me explique usted algunas cosas que ignoro. Y respeto a quién soy ya le he dicho que no va a gustarle enterarse. ¿Ha oído usted hablar de la agente Baby de la CIA?

Nemesio Arévalo palideció intensamente y su mirada quedó tan fija en la espía internacional que ésta tuvo que hacer un gesto de advertencia para que el militar regresase rápidamente su atención hacia la marcha del coche.

—Me parece que sí ha oído hablar de mí —sonrió fríamente Baby—. Y ahora le voy a decir dos cosas más. La primera de ellas es que usted, por muchas cosas que haga, no conseguirá engañarme ni sorprenderme en modo alguno. La segunda es que si usted lo consiguiera, detrás nuestro viene un amigo que se encargaría de restablecer la situación de modo que no sería de su agrado. ¿Lo entiende bien, comandante?

Arévalo alzó la mirada hacia el espejo retrovisor y, en efecto, vio el coche que rodaba a unos cien metros del suyo. Era extraño, porque antes, durante el trayecto no había visto ningún coche y, por lo tanto, tener ahora uno a cien metros era en verdad sorprendente. Hasta que identificó el coche que le seguía. Era el que había estado averiado de tal modo que él no había podido localizar la avería. Avería que, claro está, había sido inexistente.

—¿Adónde vamos? —musitó.

—Vamos a un lugar donde podremos conversar con tranquilidad.

—¿Sobre qué? ¿Sobre qué tenemos que conversar?

—Por ejemplo, sobre el general Tadeo Fuencarral. Por ejemplo, sobre unos planos que tienen las cotas señaladas en rojo y sobre unos folios mecanografiados expresando instrucciones en términos logísticos. Y también para que la charla no sea solamente de términos militares,

podríamos conversar sobre un billete de un millón de dólares emitido en oro por un Banco llamado New International Bank.

Capítulo IV

TADEO Fuencarral se sentó en el lecho todo lo rápidamente que pudo y se quedó mirando con expresión sobresaltada a su fiel Fabián Ayala.

—¿Qué dices que le ha ocurrido?

—Un accidente. Se estrelló con el coche.

—¡Se estrelló con el coche! —casi aulló Fuencarral—. ¿Ha muerto?

—No. Según parece, la cosa no es nada grave. Físicamente está bien, sólo sufre magulladuras. Pero por el impacto del choque del coche contra el árbol ha sufrido un *shock* tremendo que, por supuesto, lo tiene hospitalizado.

El general Fuencarral se pasó las manos por la alborotada cabellera y luego por las arrugadas facciones que notó tensas y frías.

—Ese idiota… ¿Dónde ocurrió?

—Eso todavía no lo sé. Pero ¿qué importa? Lo importante es que el comandante Arévalo está hospitalizado y que en estas circunstancias es muy posible que no pueda ayudarnos, es decir, cumplir la parte que se le tenía asignada. De todos modos, puesto que no tiene heridas de consideración, ni fractura de huesos ni nada realmente peligroso, cabe la posibilidad de que se recupere del *shock* en unas cuantas horas y que en el momento oportuno se encuentre en condiciones, si no perfectas, sí aceptables para seguir con el asunto.

—¿Cuándo ha sucedido?

—Esta noche pasada. Arévalo debía regresar de algún sitio con su coche y quizá estaba cansado, o tuvo cualquier fallo de tipo personal o mecánico… eso no se ha determinado todavía. Sea como sea, el hecho cierto es que Arévalo está en el hospital de la Virgen de los Remedios. ¿Qué hacemos, mi general?

Tadeo Fuencarral volvió a pasarse las manos por los cabellos y el rostro.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —refunfuñó—. Ve al hospital del Remedio y entérate concreta y exactamente de cómo está ese imbécil. Y no me traigas noticias yagas, Fabián. Quiero saber exactamente cómo está y cuántos días puede durar su hospitalización. Luego, si es posible, habla con Arévalo a fin de que él te explique qué es lo que sucedió concretamente.

—Haré todo lo posible, mi general. Pero supongamos que me dicen

que Arévalo va a estar inutilizado por una semana por ejemplo. En ese caso supongo que tendríamos que buscar otro hombre que cumpliese su parte.

—¡Maldita sea! ¿Cómo vamos a encontrar ahora en unos pocos días un hombre que vaya comprendiendo poco a poco cuál es mi plan y que esté dispuesto a aceptar todo el asunto? En fin, primero veamos cómo responde Arévalo. Y si definitivamente él no puede seguir adelante ya pensaremos en alguna solución.

* * *

—No —movió la cabeza negativamente el médico que atendía a Fabián Ayala—. Ni mucho menos va a morir de ésta. Pero desde luego está bajo los efectos de un profundo *shock*.

—¿Pero no corre peligro de muerte?

—Mire usted… El peligro de muerte, en estos casos, existe siempre puesto que nunca se sabe cuál va a ser la evolución del trauma. Pero generalmente, en casos como el que nos ocupa, el problema se resuelve con unas horas o unos días de hospitalización y atención médica adecuada.

—Entiendo. Respecto a lesiones corporales…

—En ese aspecto no hay absolutamente nada que temer.

—Está bien. ¿Puedo verlo?

—Pues sí —alzó las cejas el médico en un gesto simpático, aunque un tanto burlón—. Usted puede verlo a él, desde luego, pero no le va a servir de nada.

—¿Por qué?

—Caramba, señor Ayala, se lo estoy diciendo. El comandante Arévalo tiene un *shock* tan fuerte que no hay modo de que reaccione, es decir, que usted le puede ver a él, pero él no le verá a usted, ni le oirá ni podrá atenderle en modo alguno.

—Bien, De todos modos quisiera echarle un vistazo.

—Como guste. Está en la habitación treinta y siete. Es decir, supongo que ya lo han trasladado allí.

—No se preocupe. Sólo quiero verle y asegurarme de que efectivamente está bien.

Dos minutos más tarde, Fabián Ayala se detenía ante la puerta señalada con el número treinta y siete. Llamó con los nudillos, oyó dentro una respuesta que le pareció autorizarle a entrar y así lo hizo.

Junto a la cama que ocupaba el centro de la habitación había una enfermera de edad ya más que mediana que se había puesto en pie y caminaba hacia la puerta.

—¿Diga, señor? —inquirió.

—Soy amigo del comandante Arévalo —señaló Ayala hacia el lecho —. Solamente quería echarle un vistazo y asegurarme de que está bien atendido.

La enfermera asintió con un gesto y se apartó. Fabián Ayala se acercó a la cama y se detuvo a un lado de ella, a escasísima distancia de Nemesio Arévalo. Este yacía boca arriba, inmóvil; y como únicas señales del accidente, algunos hematomas en el rostro y en una mano. Por lo demás, Nemesio Arévalo parecía simplemente sumido en un profundo sueño.

Ayala volvió la cabeza hacia la enfermera y musitó:

—Por favor, cuide con todo su interés del comandante Arévalo. Es una persona muy apreciada por todos sus amigos.

—Todas las personas que ingresan en el hospital del Remedio son debidamente atendidas, señor. Comprenda que si no fuese así…

La enfermera calló bruscamente y se volvió hacia la puerta que se había abierto de pronto.

Tanto ella como Fabián Ayala no pudieron evitar un gesto de auténtico asombro, casi de pasmo total. La puerta había sido abierta por un elegante caballero que estaba cediendo muy gentilmente el paso a una dama.

Esto en sí no tenía nada de extraordinario. Lo extraordinario eran la dama y el caballero.

Eran, sin discusión alguna, dos personas extraordinarias. Él todavía conseguía mantenerse bastante erguido y su atractivo, si bien estaba ya un tanto ajado, era todavía considerable. Tenía los cabellos completamente blancos, así como la cuidada barba y el formidable mostacho que casi ocultaba por completo su boca. Vestía un traje completamente blanco, camisa del mismo color y llevaba una elegantísima corbata roja y azul a rayas, que le daba un aspecto un tanto juvenil y distinguido. En cuanto a la dama, era quizá más sorprendente que el apuesto anciano. Ella podía ser unos cuantos años más joven, pero también tenía los cabellos completamente blancos y sus bien maquilladas facciones mostraban el inflexible paso de los años. Sus ojos eran oscuros y relucían todavía intensamente tras los redondos cristales de sus lentes de montura metálica. Se apoyaba en un elegantísimo bastón de empuñadura de plata y vestía un serio y elegante conjunto de color malva cuya discreción era absolutamente irreprochable. Eran, en definitiva, la pareja de ancianos más sorprendente y atractiva que pudiera buscarse posiblemente en todo el mundo.

—Buenos días —saludó con voz cantarina y amable la anciana—. Nos han dicho que Nemesio, o sea, el comandante Arévalo, está en esta habitación. ¿Es así?

—Sí. Así es, señora —asintió la enfermera.

—Oh, menos mal. Creíamos no haber entendido bien. ¡Pobre Nemesio! —exclamó la dama acercándose a la cama—. ¡Ha de ser terrible tener un accidente así! ¿No te parece, querido?

—Por supuesto, mi amor —se acercó el impresionante anciano hacia la no menos impresionante anciana—. Pero, por favor, tómatelo con calma. Ya sabes que en la recepción del hospital nos han dicho que el accidente no es grave.

—Sí, es cierto. Pero no deja de ser terrible. ¡Es todo tan terrible…! Estos jóvenes conducen sus coches como si jamás pudiese ocurrirles ningún percance. No logro comprender cuál es su mentalidad.

—Yo tampoco, querida —dijo el caballero—. Pero hay que tener siempre en cuenta que cada persona tiene un temperamento distinto y que por lo tanto conduce su coche de modo distinto. Tú misma me has dicho muchas veces que Nemesio era un muchacho más bien temperamental.

—Es verdad, mi amor —dijo ella tomándole una mano—. Agradezco mucho tus buenas intenciones de tranquilizarme. Pero ahora que he visto al pobre Nemesio aún estoy más tranquila.

—No quisiera decir ninguna tontería —siguió el anciano mirando hacia la enfermera—, pero juraría que no tiene mal aspecto. ¿Qué dice usted, enfermera?

—Pu… pues sí, realmente no tiene mal aspecto… La verdad es que el comandante Arévalo ha tenido mucha suerte en el accidente. Solamente está bajo los efectos de un *shock* del cual esperamos que se recupere de un momento a otro.

—Menos mal —suspiró graciosamente la anciana—. Primero por el pobre Nemesio, naturalmente. Pero es que de otro modo tendríamos que buscar ahora un hotel y a mí no me gusta ir a un hotel si no tengo ya las plazas reservadas.

—Bueno, querida, tranquilízate —dijo el anciano caballero—. Ya verás cómo todo se soluciona convenientemente.

—Perdonen —se encontró preguntando Ayala—. ¿Son ustedes amigos del comandante Arévalo?

Los dos ancianos se volvieron a mirarle. Lo hicieron de arriba abajo, pero sin impertinencia ni mala educación, en modo alguno. Simplemente como valorando con simpática amabilidad al nuevo personaje.

—Más que amigos —aseguró la anciana—. Podría decirle a usted que soy tía de Nemesio, señor.

—Ya. Viven ustedes fuera de San Salvador, por lo que interpreto.

—Así es. Pero hemos recibido una carta de Nemesio y, naturalmente, hemos… ¿Es usted amigo de Nemesio, señor?

—En efecto —hizo una inclinación de cabeza lo mejor que supo

Fabián Ayala—. Soy un buen amigo del comandante Arévalo, señora. Mi nombre es Fabián Ayala, para servirles.

—Es usted muy amable, señor Ayala —dijo el caballero—. Pero en las actuales circunstancias dudo mucho que pueda usted servimos. A menos que sepa cómo podemos instalarnos en el apartamento de Nemesio.

—¿Quieren ustedes instalarse en el apartamento del comandante Arévalo? —parpadeó Ayala.

—Así es. Bueno, en realidad entendemos que él nos ha invitado. Para ser más exactos digamos que ha invitado a mi esposa. Nosotros residimos habitualmente en Estados Unidos, pero pasamos temporadas bastante largas en Panamá, donde tenemos… algunos negocios. Estábamos en Balboa, Panamá, cuando recibimos la carta de Nemesio, y precisamente debido a esta carta hemos venido a San Salvador…

—Y ahora nos encontramos con que después de haber pensado que nos instalaríamos con Nemesio, el pobre está en el hospital sin poder ni tan siquiera vernos. Y lo siento porque por su carta parecía que era algo verdaderamente interesante. ¿No estás de acuerdo, querido?

—Por supuesto que sí, mi amor. Señor Ayala… ¿no será usted amigo íntimo de Nemesio o socio en algún negocio de relativa importancia?

Fabián Ayala era demasiado listo para dejar pasar esta oportunidad, así que sonrió amablemente y dijo:

—Pues la verdad es que precisamente en estos últimos días, el comandante Arévalo y yo estábamos preparando un asunto de cierta importancia, sí. Quizá sea de ese asunto del que él les habla a ustedes en su carta.

—La verdad es que no la hemos entendido muy bien —dijo la anciana—. Pero nos parecía que podría ser interesante cuando menos escuchar a Arévalo.

—Quizá usted podría informarnos sobre el asunto, señor Ayala —dijo el anciano como si de pronto acabase de hacer un gran descubrimiento —. ¿Sería tan amable de echar un vistazo a la carta y ver si puede orientarnos de alguna manera?

—Lo haré con mucho gusto —dijo Ayala no poco maravillado de lo fácilmente que conseguía su objetivo.

Fue el anciano quien sacó la carta que llevaba cuidadosamente guardada en un billetero. En un billetero del cual Ayala vio sobresalir un formidable fajo de billetes norteamericanos.

—Con permiso —musitó mientras desdoblaba la carta. Los dos ancianos asintieron con amable gesto y se quedaron mirándolo esperanzados. Fabián Ayala procedió rápidamente a la lectura de la carta que decía así:

«Queridos Margarita y Tomás:

»Hace tiempo que no nos vemos, pero siempre me acuerdo mucho de vosotros. Y precisamente, en estos últimos días he tenido motivos especiales para ello. Supongo que seguís siendo tan maravillosamente ricos como siempre, ¿no es así? Pues bien, quizá podría yo colaborar en un aumento aún mayor de vuestra fortuna, utilizando ciertos contactos que he conseguido últimamente. Es algo en verdad muy especial, pero garantizado. Incluso, interviene un Banco, y personajes importantes de la máxima garantía. Si os interesa incrementar vuestro dinero, venid a visitarme y hablaremos. Ya sabéis que mi casa es siempre la vuestra, así que no me hagáis la ofensa de alojaros en un hotel. Puedo cederos el apartamento el tiempo que queráis permanecer en San Salvador.

»Con el afecto de siempre, recibid los abrazos de

«NEMESIO.»

A medida que había ido avanzando en la lectura, Fabián Ayala estaba seguro de haber ido palideciendo más y más. La carta ciertamente no decía en concreto nada. Pero en su conjunto resultaba terriblemente inquietante para la seguridad de los planes que tenía puestos en marcha el general Tadeo Fuencarral. Aunque ciertamente Nemesio Arévalo no concretaba nada que pudiera orientar a nadie de un modo definitivo, sí se ponía en evidencia que era un hombre en el que no se podía confiar plenamente.

—¿Y bien? —inquirió el anciano llamado Angel cuando por fin Ayala lo miró.

—Bueno… En mi opinión Nemesio ha sido quizá un tanto indiscreto, señor…

—Angel Tomás —dijo el anciano—. Y ella es Margarita, mi esposa… como usted ya habrá comprendido leyendo la carta, señor Ayala.

—Sí, sí. Bien, como le decía, quizá Nemesio ha sido un tanto indiscreto, pero debo suponer que ustedes son personas muy allegadas a él.

—Sus padres y yo éramos amigos desde la infancia —dijo la anciana llamada Margarita—, de modo, señor Ayala, que Nemesio jamás podría cometer conmigo ninguna indiscreción. Quiero decir que, sea lo que sea lo que él me confíe, sabe perfectamente que puede hacerlo.

—Sí, señora, no lo pongo en duda, desde luego. Pero… Bien, yo creo que en primer lugar, lo que podemos hacer es pedir a la administración del hospital que nos entregue la llave del apartamento de Nemesio, puesto que tan sólo mostrando esta carta ya se ve que él estaba dispuesto a cedérselo a ustedes. Y una vez estén instalados allí posiblemente haya llegado el momento de intercambiar impresiones sobre el resto de lo que implica la carta.

—¿No será usted representante del Banco que…?

—Vamos a dejarlo para luego, señor Tomás, por favor —cortó

rápidamente Fabián Ayala—. Ante todo voy a intentar resolver el asunto de su alojamiento.

* * *

—Entonces —refunfuñó Tadeo Fuencarral— los has dejado instalados en el apartamento de Arévalo.

—Sí, mi general. Me pareció que era lo más conveniente.

Fuencarral quedó pensativo, fruncido el ceño. La verdad es que no parecía muy conforme con la decisión tomada por su fiel Fabián.

—Me parece que no tenemos por qué confiar en esa gente, Fabián.

—Yo no digo que tengamos que confiar en ellos, mi general. Pero tal como han sucedido las cosas, lo mejor ha sido precisamente instalarlos en el apartamento del comandante, y asegurarnos de que no tienen contactos con otras personas.

—Naturalmente estás seguro de que esa carta no es falsa —le miró intencionadamente Fuencarral.

Fabián Ayala sonrió con astucia.

—Vamos, mi general… Usted sabe perfectamente que no soy tonto. En primer lugar sospechar cualquier cosa rara de esa encantadora y romántica pareja de ancianos…

—¿Por qué la llamas romántica? —se sorprendió el general.

—La llamo romántica porque tendría usted que ver, mi general, con qué cuidado y exquisitez trata el señor Tomás a su esposa. Le abre todas las puertas, le acerca todas las sillas, le facilita todo. Todavía caminan, a veces, tomados de la mano. Y hasta les vi un par de veces cuando ya estábamos en el apartamento besándose tiernamente.

—Entiendo. Bueno, no tenemos por qué sorprendernos de que el comandante Arévalo tenga viejos amigos de la familia. Tampoco en el fondo me sorprende que Arévalo haya querido aprovechar el asunto del New International Bank para introducir a esos amigos suyos que, evidentemente, son millonarios. Supongo que Arévalo espera conseguir una buena tajada, digamos una especie de comisión de lo que pudieran ganar los Tomás si se les aceptaba como colaboradores del NIB.

—Seguramente esto es lo que pensó Arévalo, en efecto, mi general. Pero ahora tenemos a Margarita y a Angel Tomás, instalados en el apartamento del comandante Arévalo y esperando que esta tarde yo les dé alguna explicación al respecto. Si no es así, supongo que ellos seguirán en el piso de Arévalo esperando a que éste se recupere y pueda atenderles.

—No acaba de gustarme esto. No me refiero a esa pareja de ancianos que en sí no tendrán mayor importancia… Por cierto: ¿cómo supieron ellos que Arévalo estaba en el hospital de la Virgen de los Remedios?

—Es muy fácil de explicar, mi general. Los Tomás llegaron en taxi a la plaza Custodio, y cuando extrañados de que Arévalo no estuviese esperándoles ni hubiese dejado recado alguno para ellos, preguntaron por él los vecinos les dijeron que había tenido un accidente y que se hallaba hospitalizado.

—¿Y cómo se enteraron los vecinos? —siguió desconfiando Tadeo Fuencarral.

—Los vecinos se enteraron porque cuando Nemesio

Arévalo fue internado en el hospital, la administración, al comprobar su domicilio, envió allí a alguien para que avisase a la familia. Así se enteraron de que no tenía familia… mientras en el edificio se enteraban de que el comandante Arévalo había tenido un accidente.

—Está bien. En definitiva… ¿para qué demonios queremos nosotros relacionarnos con esa romántica pareja?

—Perdone, mi general. Tienen dinero, y quiero decir que tienen en verdad importantes cantidades de dinero, no unos cuantos cientos de miles de dólares. En mi opinión y considerando que el comandante Arévalo sabía muy bien cuál es la envergadura de lo que se está gestando, el hecho de que haya llamado a sus viejos amigos es bastante significativo.

—Quizá tengas razón —admitió por fin Tadeo Fuencarral—. Está bien. Tráeme aquí esta tarde a esa pareja de viejos tórtolos.

Capítulo V

LA romántica pareja llegó a la hacienda del general Tadeo Fuencarral en un coche que Angel Tomás, el elegante y atractivo anciano había alquilado aquella misma tarde.

Una vez llegaron, el señor Tomás se apresuró a salir de su coche, lo rodeó y fue a abrirle la portezuela a su esposa. Para entonces, Fabián Ayala había llegado también allí dispuesto a adelantarse a Angel Tomás, cosa que no pudo conseguir.

—Gracias, querido —sonrió Margarita Tomás—. Siempre tan amable conmigo.

—Sabes muy bien que no es precisamente amabilidad lo que siento hacia ti, Margarita. Lo sabes perfectamente.

—Bueno… ¿Y qué es lo que sientes?

—Vamos, vamos, está aquí delante el señor Ayala, a quien seguramente no le interesa demasiado nuestra conversación. Por cierto, mi amor, estaba pensando que mañana alquilaremos otro coche. Este no me parece lo bastante cómodo para ti.

—Claro que es lo bastante cómodo, querido. Pero dime: ¿a qué te referías antes?

—Me refería —refunfuñó Angel Tomás— a que la amabilidad en mi caso no es otra cosa que la consecuencia del amor que siempre he sentido por ti.

—¡Oh, Dios mío! —gimió encantadoramente Margarita mirando al sonriente Fabián Ayala—. ¿No le parece a usted maravillosa la vida, señor Ayala?

—En cierto modo, señora —casi rió el salvadoreño— Pero comprendo perfectamente que a ustedes dos se lo parezca. Por aquí, por favor; les están esperando.

Angel Tomás ofreció su brazo a su esposa, que se tomó graciosamente de él y ambos comenzaron a caminar hacia el amplio pórtico que protegía la puerta de la casa. Pero apenas habían dado tres o cuatro pasos, cuando la señora Tomás se detuvo y señaló hacia una parte del jardín.

—Allí hay un hombre, señor Ayala.

—Sí. En efecto, señora.

—Y allí veo dos más.

—Así es. Son empleados de la persona que va a recibirles.

—¿Son jardineros?

—Bueno… No exactamente, señora. Están aquí cumpliendo una labor, digamos de… protección de la intimidad.

—¡Oh! ¿Quiere decir que son una especie de guardaespaldas?

—¡Qué cosas dices! —masculló Angel Tomás—. ¿Cómo va a tener guardaespaldas un caballero, querida?

—Pues no sé. Pero a fin de cuentas, todas las personas tienen derecho a su intimidad. Nosotros… ¡Qué perros tan hermosos! —exclamó de pronto Margarita Tomás.

Su marido se volvió a mirar en la nueva dirección señalada y se quedó contemplando atentamente los dos formidables perros de raza pastor alemán que se acercaban con paso vivo, clavados sus ojos en la pareja.

—Sí —murmuró Angel Tomás—. Son dos hermosos animales… y por allí veo otro, y otro más si no me falla la vista.

Los dos perros llegaron junto a Angel Tomás y su esposa y Fabián Ayala, y desdeñando a éste, comenzaron a olisquear los pies del viejo y romántico matrimonio. El señor Tomás permaneció inmóvil e inexpresivo, pero Margarita abrió mucho los ojos para mirar a Fabián Ayala.

—¿Qué ocurre? —se tensó su voz—. ¿Acaso no somos de su agrado?

—Simplemente, no les conocen —explicó amablemente Fabián Ayala—. Están conociéndolos ahora. Estos perros forman parte de la vigilancia de protección de intimidad. Cualquier persona que entrase aquí sin estar acompañada de cualquiera de los que trabajamos en la hacienda, se vería en serias dificultades.

—Pero a nosotros no nos van a morder, ¿verdad?

—No se preocupe usted —dijo Fabián Ayala—. Mientras esté yo aquí, los perros no harán nada más que olfatearles.

Los otros dos perros llegaron también uno tras otro y se unieron a los primeros en su actividad de entrar en conocimiento de aquellas dos personas cuyo olor les era desconocido. Fabián Ayala les dio por fin una orden, y los perros se alejaron.

En el vestíbulo de la casa había otros dos hombres, cuya presencia indujo a la anciana dama a mirar interrogante a Fabián Ayala, que hizo un gesto simpático encogiendo los hombros.

Señaló Ayala hacia la puerta, la abrió y se colocó a un lado, dejando expedito el paso hacia el gran salón despacho que ocupaba Tadeo Fuencarral.

Este, que había estado sentado en un sillón con un libro en las manos, se levantó y se acercó con cierto cortés apresuramiento hacia los recién llegados.

—¡Ah, por fin están ustedes aquí! —dijo amablemente tendiendo la mano—. Permítanme presen…

—¡Usted es el general Fuencarral! —exclamó Margarita Tomás.

Tadeo Fuencarral quedó con la mano tendida en dirección a Margarita. Por un instante su ceño se frunció; pero enseguida tras una viva mirada a Angel Tomás, la regresó hacia su esposa y se inclinó con un gesto de cierta elegancia.

—En efecto, señora Tomás. Soy el general Fuencarral.

Pero como usted ve, vivo completamente retirado de las actividades militares. Y en realidad de toda actividad.

—Eso no puedo creerlo —rió Margarita.

Tadeo Fuencarral, que ya había inclinado su testa ante la mano de la dama y acababa de estrechar la de Angel Tomás, volvió a mirar de nuevo a Margarita.

—¿No puede creerlo, señora? ¿Por qué?

—Porque tengo entendido que usted siempre ha sido un revolucionario.

—Le aseguro a usted, señora, que con los años casi todas las cosas del mundo pierden interés.

—Menos el dinero —deslizó suavemente Angel Tomás.

—¿El dinero? —pareció que saltaban hacia él los ojos de Fuencarral.

—Bueno, en mi opinión usted nos ha invitado para hablar precisamente de dinero. Se puede llegar fácilmente a la conclusión de que quizá usted sea el personaje importante y de máxima garantía de que nos habla el comandante Nemesio Arévalo en su carta.

—Me parece que sería absurdo negarlo —admitió Fuencarral—. ¿Quieren tomar asiento, por favor?

—¿Desean tomar algo? —ofreció Fabián Ayala.

—Oh, sí —exclamó la dama—. Yo tomaría con muchísimo gusto una copita de champaña frío.

—Es un momento muy agradable para tomar champaña, en efecto —dijo Fuencarral—. ¿Usted también quiere champaña, señor Tomás?

—Yo siempre bebo lo mismo que mi esposa, general —dijo Tomás.

—Pues en ese caso yo también haré lo mismo —sonrió de nuevo Tadeo Fuencarral—. Sírvenos a todos, Fabián. Y naturalmente sírvete a ti mismo.

—Gracias, mi general.

Los señores Tomás fueron a sentarse en el sofá, desde luego muy juntos y deslizando Margarita una mano hasta tomar una de su marido. Miró a éste sonriente y luego volvió sus cansados ojos azules hacia Tadeo Fuencarral, que acababa de ocupar un sillón frente al sofá.

—¿Vive usted solo en esta casa tan grande, general?

—Así es, señora.

—Vaya, la verdad es que no sé si a mí me gustaría.

Desde hace bastante tiempo, Angel y yo hemos llegado a la conclusión de que dos personas solas se encuentran más cómodas y yo diría que hasta más alegremente ambientados, en apartamentos pequeños… Aunque siempre, claro está, con las máximas comodidades.

—Lo comprendo —asintió Tadeo Fuencarral—. Pero hace muchos años que tengo esta casa y por el momento no me parece oportuno venderla para trasladarme a otra o, lo que aún sería peor, a vivir en la capital.

—Sí, claro —asintió Margarita—. Además, si viviera usted en un apartamento de la capital, como Nemesio por ejemplo, no podría usted tener tantos guardaespaldas y perros que le protegiesen de la curiosidad del exterior.

—Así es. ¿Entiendo bien que ustedes residen en Estados Unidos?

—Digamos que tenemos allí determinadas propiedades y que, periódicamente, nos vemos forzados a permanecer allí una temporada. También tenemos domicilio en Panamá y a decir verdad, en algunos otros sitios de América del Sur.

—Ya. Claro está, para disponer de todo eso es imprescindible tener una fortuna considerable, señora. ¿No es así?

—Si quiere que le diga la verdad, general, no lo sé. Quien se ocupa de los asuntos de dinero es Angel, naturalmente.

—Sí, naturalmente, claro —observó Fuencarral a Angel Tomás que miraba con discreta atención a su alrededor, especialmente a la puerta y el gran ventanal—. Por lo general, en asuntos de dinero los hombres entendemos más que las mujeres. ¿Está usted de acuerdo, señor Tomás?

—En líneas generales, como usted dice, sí —asintió Angel Tomás—. Pero le advierto a usted que mi esposa es una gran financiera. Lo que ocurre es que prefiere dedicar su talento a estudiar arte, y, en definitiva, estudiar el lado bello de la vida.

—Sí, sí, comprendo. Pero no todos ven el mundo por el mismo lado bello que lo ven ustedes, señor Tomás.

—No comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, volviendo al asunto dinero, que hay en el continente americano muchas personas muy pobres que difícilmente pueden llegar, no ya a ver la belleza, sino que incluso, aunque la vean, seguramente serían incapaces de apreciarla.

—¡En efecto! —exclamó muy interesada Margarita—. Siempre se lo digo a Angel. Yo creo que para que el mundo fuese un poco mejor sería necesario una cierta sensibilización hacia la belleza de la vida, hacia todo lo bueno y hermoso que la vida y el mundo puede ofrecernos.

—Así es, querida. Y ya sabes que siempre te he dado la razón, en

definitiva.

—¿Cómo no habrías de dármela, mi amor, si eres siempre tan atento y considerado conmigo? Por cierto, volviendo a lo del coche, yo creo que no debes molestarte. El que has alquilado hoy es suficiente para el poco tiempo que supongo estaremos aquí.

—¿Piensan ustedes marcharse pronto? —preguntó Fuencarral.

—Pues la verdad es que no tenemos gran cosa que hacer aquí y en cambio hemos dejado bruscamente unos asuntos qué estábamos atendiendo en Panamá. Claro está que depende mucho de lo que nos diga el comandante Arévalo cuando se recupere de su accidente.

—Sí, es cierto. Bueno… Pobrecito Nemesio, desde luego siento mucho lo que le ha ocurrido, pero al mismo tiempo estoy bastante irritada con él. Ocurre que… ¡Oh, gracias, señor Ayala!

Ayala se había acercado al sofá, sosteniendo la bandeja en la que había cuatro copas. Margarita adelantó la mano para tomar una, pero Angel Tomás se precipitó para hacerlo en su lugar, y se la entregó.

—¿No es verdaderamente encantador? —miró Margarita a Fuencarral con expresión luminosa.

Tadeo Fuencarral carraspeó y tras esperar a que Angel tomase su copa, cogió la suya y miró a Fabián Ayala, que conteniendo la risa, vuelto ahora de espaldas a la romántica pareja, estaba dejando la bandeja sobre una mesita.

Margarita Tomás bebió un sorbito de champaña con expresión risueña, pero en cuanto hubo tragado el líquido se quedó mirando estupefacta a Tadeo Fuencarral.

—No es francés —dijo.

—Oh, bien… Realmente no siempre que queremos podemos disponer de champaña francés, señora Tomás.

—Vaya. Es una verdadera lástima. Habitualmente sólo bebo champaña francés —de pronto sonrió de aquel modo absolutamente encantador—, pero éste también es un champaña muy agradable, general.

—Es usted muy amable —refunfuñó Fuencarral—. Estaba usted diciendo algo, si no me equivoco, señora Tomás.

—¿Yo? Oh, sí. Me parece que estaba hablando de Nemesio. Decía que naturalmente siento mucho lo que le ha ocurrido, pero al mismo tiempo estoy irritada con él, porque nos está manteniendo en vilo con su oferta. Lo que no entendí bien por teléfono fue el nombre de no sé qué país.

—¿Hablaron ustedes por teléfono? —pareció sobresaltarse Tadeo Fuencarral.

—Sí, sí. Claro, naturalmente. Cuando recibimos la carta llamamos a Nemesio para preguntarle si el asunto podría esperar unos cuantos días

a que resolviésemos nuestros negocios en Balboa. Nos dijo que no, porque seguramente no habría muchas oportunidades de realizar negocios de la envergadura que… ¡Oh, sí, ahora lo recuerdo! Lo recuerdo porque el nombre es igual que ese lago que hay cerca de San Salvador… ¿Cómo se llama, querido?

—Ilopango —dijo Angel Tomás—. Sí, ése fue el nombre que me dijiste que había mencionado tu querido Nemesio.

—Sí, sí, es verdad: Ilopango; pero ya te dije que no debíamos haberlo entendido bien, porque Nemesio dijo algo de la República de Ilopango… y yo no sé que haya ninguna república llamada así. ¿O quizá sí existe, mi general?

Haciendo la pregunta, Margarita se volvió a mirar de nuevo a Fuencarral, que había palidecido intensamente. En cuanto a Fabián Ayala, que en aquel momento se llevaba por segunda vez la copa a los labios, había quedado sencillamente petrificado, y ciertamente tan pálido como Tadeo Fuencarral.

—Me parece que el general no te ha entendido —dijo amablemente Angel Tomás— Pero es lógico, mi amor, porque todos sabemos que no existe ninguna República de Ilopango.

—Bueno… Existe un lago, así que quizá Nemesio habló del lago y nosotros lo entendimos mal. Pero yo insisto en que Nemesio me dijo República de Ilopango. ¿Me ha entendido usted ahora, general?

—Sí —musitó Fuencarral—. La he entendido perfectamente, señora Tomás, pero, como ustedes bien saben, en efecto, no existe ninguna república llamada así; cuando menos yo no tengo ninguna noticia al respecto.

—¿Te das cuenta, querida? —dijo Angel Tomás—. Esto debió ser que oíste mal lo que te dijo Nemesio.

—Naturalmente —admitió Fuencarral—. Todas las personas podemos oír mal alguna frase o sonido en alguna ocasión, señora. Ya verá usted como cuando pueda hablar con el comandante Arévalo éste le dará una explicación que la convencerá a usted de este pequeño error que está sufriendo ahora.

Fabián Ayala estaba recuperando el color. Y miraba con preocupación a Tadeo Fuencarral, cuya palidez era todavía visible. Por fin Ayala miró a los Tomás que conversaban con aquella voluble naturalidad y que parecían no darse cuenta de nada. Eran unas' personas tan absortas una en la otra, que por supuesto no se habían dado cuenta de la impresión que habían causado en él y en el general al mencionar la República de Ilopango. Sí, era una suerte que los señores Tomás no fuesen capaces de darse cuenta de esas pequeñas alteraciones en las personas con las que conversaban.

—¿Podría beber un poquito más de champaña? —adelantó su copa

Margarita Tomás.

Avala se apresuró a ponerse en pie y sirvió de nuevo a la dama, mientras su marido la miraba con cierta expresión de reproche.

—Está demasiado frío, Margarita —advirtió—. Yo creo que con una copa es suficiente.

—Oh, pero no puedo despreciarle la invitación al general Fuencarral, mi amor.

—Yo creo que el general se hace perfecto cargo de lo que yo estoy diciendo y de mis intenciones. ¿No es así, general?

—Naturalmente —asintió Fuencarral.

—Bien, bien —carraspeó Angel Tomás—. Estábamos hablando de la República de Ilopango, general. No, perdón. Este asunto había quedado ya solucionado en el sentido que esperamos que Nemesio Arévalo nos lo aclarará cuando se recupere. Así pues, quizá sería conveniente que pasásemos al asunto que según yo pienso ha dado lugar a su invitación. ¿Es usted o no es usted la persona importante y de máxima garantía que menciona Nemesio Arévalo en su carta?

—Supongo que el comandante Arévalo se refiere a mí, sí —asintió Fuencarral.

—Estupendo. Para ser sincero, a mí me gusta tratar con personas con la suficiente edad y experiencia de la vida para que sepan perfectamente si los grandes negocios son en realidad posibles negocios. A veces, por exceso de juventud, si se me permite la expresión, se hacen negocios que luego resultan ruinosos.

—Estoy por completo de acuerdo con usted —asintió Fuencarral.

—Bien. ¿Podemos saber ya de qué se trata?

—Yo creo, mi amor —intervino Margarita tras otro traguito de champaña—, que estás atosigando demasiado al general. Recuerda bien lo que dice la carta de Nemesio. Habla de personajes, no de un solo personaje. Por lo tanto cabe pensar que el general tiene otros socios que ya están seguramente participando en este negocio. ¿Es así o no es así, general?

—Bien… sí, es así, en efecto, señora.

—Bueno, en ese caso, ¿quiénes son esos socios?

—Les aseguro que constituyen realmente un grupo importante —musitó Tadeo Fuencarral—, Y antes de pasar a mayores explicaciones, aunque posiblemente les parecerá que peco de indiscreto, me gustaría saber qué cantidad exacta podrían aportar ustedes en un momento determinado.

—Bien —Angel Tomás entornó los párpados y se dedicó unos segundos a profundas meditaciones—. Hasta dentro de tres meses no podría aportar cantidades verdaderamente importantes. Pero digamos, para que usted tenga una idea más o menos aproximada, que en estos

momentos podríamos disponer de un líquido efectivo que oscilaría entre cinco y seis millones de dólares.

—No has debido mencionar una cantidad tan ridícula, mi amor —le reprendió su esposa—. Seguramente el general Fuencarral estaba esperando una cantidad verdaderamente importante.

Fabián Ayala estaba de nuevo petrificado. Pero Tadeo Fuencarral estaba ya cogiendo la onda del nivel económico de los señores Tomás.

—No es una cantidad ridícula en modo alguno, señora, si me lo permite decirlo. Considero que cinco o seis millones de dólares en efectivo serían una cantidad suficiente para su introducción en un negocio cuya envergadura es incalculable.

—Muy bien. Nosotros tenemos esos cinco o seis millones disponibles en el acto. Usted tiene el negocio y los socios. Ahora, general, díganos quiénes son los socios y cuál es el negocio, y nosotros decidiremos si hacemos o no hacemos la inversión.

Ahora le tocó el turno a Tadeo Fuencarral de dedicarse unos segundos a sus elucubraciones mentales sobre el negocio de que se estaba discutiendo. Por fin, asintió con un gesto como dándose la razón a sí mismo y dijo:

—Vamos a enfocar el asunto desde otro ángulo, si me lo permite. Díganme ustedes el total de la cantidad que podrían aportar de aquí a tres meses y yo consultaré con mis socios respecto a la admisión de ustedes en el grupo. Garantizándoles ya por adelantado que con su entrada de cinco millones serían bien recibidos. Pero en ocasiones es preferible buscar asociados que dispongan de menos efectivo en este momento, pero que puedan aportar una cantidad mucho más importante en el mencionado plazo de tres meses.

—Comprendo —asintió Angel Tomás—. Y naturalmente tiene usted razón. Bien… Digamos entonces que nosotros de aquí a cien días podríamos reunir un total máximo, ni un centavo más, de unos… veintiocho a treinta millones de dólares. Claro está que para ello deberíamos realizar algunas ventas… y esas ventas sólo las realizaríamos si el negocio y sus asociados mereciesen nuestra plena… aprobación.

—¿Serán suficientes veintiocho o treinta millones de dólares, general? —preguntó cómo preocupada Margarita—. Porque si no es así, yo también podría vender algunas de mis propiedades y…

—De ninguna manera —protestó Angel Tomás—. Te he dicho muchas veces que no quiero que toques tu fortuna propia, Margarita.

—Pero, mi amor, quizá valga la pena que…

—De ninguna manera. A menos que el general Fuencarral se obstinase demasiado y nos impusiese una cantidad mínima de cincuenta millones. En cuyo caso tendríamos que pensarlo muy detenidamente.

—Eso por supuesto, querido. Oh, y ahora recuerdo lo del Banco… No lo habíamos recordado más.

—Es verdad —asintió Angel Tomás—. Sí, el Banco que mencionó Nemesio también por teléfono. Y esto estamos seguros de que mi esposa no lo entendió mal, general.

—¿A qué Banco se refieren? —alzó las cejas Fuencarral.

—A un tal New International Bank que mencionó Nemesio. Nosotros no hemos tenido tiempo, claro está, de interesarnos a fondo por los nombres de todos los Bancos. Pero hasta el momento no creemos haber oído nunca el nombre de New International Bank.

—¿No se les ha ocurrido pensar —intervino rápidamente Fabián Ayala— que precisamente la aportación de ustedes, del general y de sus asociados, podría ser precisamente la instauración de un Banco que se llamaría así, señor Tomás?

—¿Un nuevo Banco? —alzó las cejas con displicencia Angel Tomás —. La verdad, no sé si eso llegaría a interesarnos. Ya tenemos demasiados negocios con Bancos. Y últimamente estamos buscando algo que sea… digamos más interesante.

—¿Más interesante que un Banco internacional? —exclamó Ayala.

—Esto podría serlo —dijo rápidamente Tadeo Fuencarral—. Podría ser un Banco, pero con mucho más interés que los Bancos a los que ustedes deben estar acostumbrados. Yo creo que hemos llegado a conclusiones de gran interés para todos. Por mi parte, creo que haciendo a mis asociados una presentación de ustedes, que abarcaría un ingreso inmediato en efectivo de cinco o seis millones de dólares, en cien días veintidós o veinticuatro millones más, y en determinado momento quizá alguna otra aportación de similar importancia, la cosa podría ser puesta en marcha sin ninguna dificultad.

—De acuerdo —dijo Angel Tomás—. Pero no olvide, general, que nosotros no aportaremos ni un centavo si no tenemos las máximas garantías respecto al negocio y a sus asociados. En cuanto a éstos, no admitiremos evasivas: queremos conocer sus nombres a fin de recurrir a nuestros propios sistemas informativos, naturalmente de gran discreción, para valorarlos en su justo término.

—Todo será consultado —asintió Tadeo Fuencarral—. La verdad es que temía que esta entrevista se prolongase demasiado. Las personas que pueden disponer de grandes cantidades no suelen ser, en general, tan accesibles como ustedes.

—Es usted muy amable —sonrió Margarita Tomás—.

Y nosotros vamos a ser también amables con usted no molestándole más.

—De ninguna manera, señora —protestó Tadeo Fuencarral—. Le aseguro…

—Bueno —rió Angel Tomás—. La verdad, general, es que mi esposa está un poco impaciente por marcharse. Y no porque su compañía no sea grata, ni mucho menos: es que tenemos entendido que hay en San Salvador un restaurante llamado El Pájaro Azul, donde además de servir unas comidas realmente exquisitas, hay un ambiente de lo más agradable.

—Ah, sí —dijo Fabián Ayala—. Es un sitio carísimo, lo cual, claro —sonrió—, no creo que les inmute a ustedes. Y además, efectivamente es un lugar agradabilísimo.

—En efecto —recordó Tadeo Fuencarral—. Pero aún es temprano, señor Tomás.

—Sí. Pero de todos modos preferimos retirarnos. Mi esposa y yo hemos pensado dar un paseo en coche tranquilamente por estas carreteras y luego ir a tomar un aperitivo a cualquier terraza agradable de la ciudad, antes de ir a El Pájaro Azul. Nos gustaría mucho asistir a un espectáculo, pero francamente no quiero que Margarita se fatigue demasiado.

—Pero si no estoy fatigada, mi amor —protestó su esposa.

—Bien —Fuencarral se puso en pie—. En ese caso no quiero entretenerles más. Pero naturalmente, ya saben ustedes que mi casa está a su completa disposición.

Los Tomás se habían puesto también en pie y tendieron su mano al general, que la estrechó con verdadero entusiasmo.

—¿Cuándo sabremos algo con respecto a sus asociados y el negocio, general? —preguntó Angel.

—No puedo asegurarlo, pero creo que conseguiré una respuesta en un tiempo máximo de cuarenta y ocho horas.

—Es usted muy amable —inclinó la cabeza Angel Tomás—. Por favor, no se moleste en acompañarnos… Y usted tampoco, si no lo desea, señor Ayala.

—De ninguna manera —protestó Fabián Ayala—. Con mucho gusto les acompañaré hasta la puerta.

De nuevo unas cuantas cortesías más, risas, inclinaciones de cabeza y los señores Tomás abandonaron el salón-despacho donde Tadeo Fuencarral, el viejo revolucionario había instalado su guarida. Casi un minuto más tarde, Fabián Ayala regresó, se sentó en el sillón que había ocupado antes, terminó la copa de champaña de un trago y miró socarronamente a Tadeo Fuencarral.

—Yo diría que ésta ha sido una buena adquisición, mi general.

—Sí. Parece que los señores Tomás pueden participar en nuestros proyectos junto con los otros asociados. Pero de todos modos, Nemesio Arévalo ha sido demasiado espabilado por su cuenta y riesgo. Antes de escribir a ese par de tórtolos, debió consultar conmigo si podía hacerlo o

no.

—Eso es cierto —dijo Ayala frunciendo el ceño—. Habrá que llamar al orden al comandante Arévalo en cuanto se reponga. Y decirle que tenga la boca bastante más cerrada que hasta ahora.

Tadeo Fuencarral fue hasta el amplio ventanal desde el que se veía el jardín y se quedó plantado allí, con las manos en la espalda, hosco el gesto.

—Sí —masculló—. El comandante Arévalo no debió mencionar para nada el New International Bank y mucho menos todavía la República de Ilopango. Le pediremos adecuadas explicaciones, por supuesto. De todos modos no debemos preocuparnos demasiado si sólo ha hablado de eso con los Tomás. En verdad que son un admirable par de bobos.

—Por supuesto que sí —rió Avala—. De todos modos he enviado tras ellos en un coche a Heriberto y José. No creo que hagan nada interesante aparte de lo que han dicho. Pero hasta que realmente se asocien a nosotros, creo que será interesante conocer todos los pasos de esa romántica pareja.

—¿Y si se dan cuenta de que Heriberto y José los están siguiendo?

Fabián Avala lanzó la más sonora carcajada del día.

—¡Hombre, mi general! —exclamó—. ¡No sea usted fantástico!

* * *

Angel Tomás, que conducía, apartó la mirada del espejo retrovisor y musitó:

—Nos están siguiendo.

—Es natural —dijo Margarita—. Pero eso no debe preocuparnos porque vamos a hacer exactamente lo que le hemos dicho al general. Se entiende de un modo visible. Porque cuando hagamos lo que realmente queremos hacer, sabes muy bien que esos dos que nos siguen no podrán controlarnos de ninguna manera.

—Verdaderamente —asintió Angel Tomás—, no creo que el general disponga de personal adecuado para poder controlarnos a nosotros, ¿Qué opinas de una pequeña incursión en esa casa?

—Demasiado peligroso —movió la cabeza la encantadora dama—. No sólo por los hombres, sino también por los perros. A los perros, desde luego, no podríamos engañarlos. Para entrar en esa casa, tendríamos que matar a los perros y a los hombres, o bien dormirlos a todos con mis cápsulas de gas. Matar a diez hombres y a cuatro perros, sin más y sin saber qué fruto vamos a conseguir y si ellos merecen la muerte, no me hace demasiada gracia. En cuanto a utilizar el gas, tiene el riesgo de que si no conseguíamos ya en la incursión algo definitivo y positivo los pondríamos a todos sobre aviso. Incluso podrían llegar a la conclusión

de que el comandante Arévalo no está bajo los efectos de un shock, sino también bajo los efectos de un gas narcótico.

—¿Cuánto tiempo dormirá todavía? —preguntó Angel Tomás.

—Entre veinte y veinticuatro horas. Pero si viésemos que para entonces no habíamos resuelto el asunto, lo arreglaríamos de modo que Simón hiciese estallar allí otra capsulita de gas narcótico, que mantendría a Arévalo dormido otras cuarenta y ocho horas.

—De acuerdo. ¿Crees que había alguien más en la casa?

—Yo diría que no —movió la cabeza Margarita en sentido negativo —. Primero porque el ambiente es de gran casa vacía. Pero sobre todo, porque si hubiese alguien, Tadeo Fuencarral no hubiese admitido la posibilidad de tardar incluso cuarenta y ocho horas en darnos una respuesta. Yo creo que está solo en la casa con Fabián Ayala, que debe ser su eminencia gris y guardaespaldas, secretario y todo en una pieza, y los hombres que forman su pequeño ejército privado de vigilancia y seguridad.

—Fue una lástima que el comandante Arévalo no supiese los nombres de esos asociados ni concretamente cuál es el negocio.

—Ese pobre muchacho —murmuró Margarita— está siendo utilizado por su introducción en la milicia, simplemente. Yo estoy convencida de ello, mi amor.

—Quizá sea eso. Pero aun así es evidente que el general Fuencarral no acaba de confiar en él. La prueba la tienes en que no le ha mencionado nada de los asociados ni el significado exacto de la República de Ilopango ni lo del New International Bank. En realidad, Nemesio Arévalo no sabía gran cosa de todo el asunto. Desde luego, sea lo que sea, Fuencarral y sus asociados no están tramando nada bueno, porque nada bueno puede surgir de los asesinatos de dos presidentes.

—Todavía no han sido asesinados —dijo Margarita—. Por el momento el señor Lazlo Krap, húngaro, debe estar descansando cómodamente en el chalé que han puesto a su disposición en la playa de la localidad llamada La Herradura. En cuanto al norteamericano Billy Ziegel, parece que es más partidario del bullicio, por lo que teniendo como sede el hotel Colón, debe estar dedicándose a divertirse más o menos frenéticamente en San Salvador.

—Como se suele decir —dijo fríamente Número Uno—, hay que gozarla al máximo posible mientras se pueda.

Capítulo VI

JOSÉ y Heriberto se habían puesto de acuerdo muy fácilmente en que estaban cabreados con Fabián Ayala por la sucia jugada que les había hecho. ¿Qué demonios podía importar lo que hicieran un par de viejos románticos y chiflados a partir de las once de la noche?

Era perder el tiempo. La romántica pareja había estado paseando en coche, primero por los alrededores de la ciudad, luego habían entrado en un elegante baten el centro de ésta, y finalmente habían ido a cenar nada menos que a El Pájaro Azul, donde aparte de su gran prestigio gastronómico, había una ambientación musical y social que estaba fuera por completo de la sensibilidad de Heriberto y José.

Luego, la romántica pareja, tranquilamente, había regresado al apartamento de la plaza Custodio número seis.

Y en aquellos momentos precisamente, Heriberto y José los estaban viendo en la terraza del apartamento, abrazados por la cintura y contemplando las estrellas.

—La verdad es que la señora está de muy buen ver —refunfuñó José fija su mirada en la pareja que se veía perfectamente en la terraza, ambos de pie—, pero francamente, a su edad ya deberían estar un poco más calmados, ¿no te parece, tú?

—No la pagues con ellos —dijo Heriberto—. Aquí el que tiene la culpa de que nosotros nos estemos jorobando es el cabrón de Fabián. En cuanto a ese par de vejestorios están en su derecho de pasarlo bien juntos. Y si él todavía… funciona, pues… Bueno, al fin y al cabo todavía están vivos, ¿no es así?

—¡Caramba! —sonrió de oreja a oreja José—. Se me está ocurriendo que me gustaría muchísimo verlos en la cama.

—¡Hombre, eso sí que sería interesante! —rió Heriberto—. Pero no creo que repartan invitaciones para el espectáculo.

—De todas maneras he visto pocas personas de su edad que se conserven tan frescos y lozanos. ¿Te has fijado en él? Siempre anda dándole la manita, cogiéndola por la cintura, haciéndole una caricia u otra… Y ella le mira de tal modo que yo creo que si él le pidiese que se echase a volar le obedecería.

—Eso es amor, amigo mío —rió el otro—. Incluso los carcamales tienen derecho al amor… Mira, ya se retiran.

En efecto, la romántica pareja, después de haber estado unos minutos contemplando las estrellas, se retiró de la terraza. Las ventanas de ésta fueron cerradas y, durante unos segundos, Heriberto y José, verdaderamente pasmados, vieron recortadas en las cortinas las siluetas de Margarita y Angel Tomás besándose. Sí, señor, se habían abrazado y estaban besándose.

—Lo que yo te digo —farfulló José—. Ahora se acostarán, se darán un buen meneo… ¡y hasta mañana, que no ha pasado nada!

* * *

Margarita Tomás separó sus labios de los de Angel y musitó:

—Bueno, mi amor, yo creo que ya nos hemos dejado ver lo suficiente por nuestros vigilantes. ¿Qué te parece si empezamos ya a trabajar?

—Insisto en que debería hacer yo las dos cosas —dijo disgustado Angel Tomás—. Tú no tienes ninguna necesidad de salir. Podrías quedarte aquí y yo…

—No, no. Ya hemos dicho que nos repartiremos el trabajo. De modo que no hay nada más que discutir. Sé que voy a correr un riesgo, pero sé que luego lo correrás tú… Así que, como siempre, iremos al cincuenta por ciento.

—Está bien —se resignó Angel Tomás—. Pero recuerda que si a las dos de la mañana no estás aquí, saldré a buscarte caiga quien caiga.

—Querrás decir si no estoy aquí ni contesto a tus llamadas por la radio —puntualizó sonriente Margarita.

—Sí, eso he querido decir.

Margarita sonrió de nuevo, besó una vez más a Angel Tomás y ambos se dirigieron hacia el dormitorio. Allí la anciana señora Tomás dejó de ser anciana. Lo primero que hizo fue quitarse la peluca dejando descubiertos sus largos cabellos negros, suavemente ondulados; pero por poco tiempo ya que rápidamente procedió a colocarse la peluca de cabellos rubios. En menos de tres minutos y ante la inescrutable mirada de Angel Tomás, su esposa se convirtió en la rubia y espléndida muchacha de ojos verdes que conociera el jefe de la CIA en San Salvador pocos días antes.

Con un último beso de despedida y portando en su mano izquierda el maletín con florecillas azules, la agente Baby tomó la salida que parecía más peligrosa y que en definitiva era la menos llamativa de todas: la puerta principal.

Bajó al vestíbulo, abrió la puerta que daba al pequeño jardín y de allí a la plaza, y salió tranquilamente, alejándose con toda naturalidad.

Cuando pasó junto al coche en el que estaban de vigilancia Heriberto y José, éstos todavía tenían la mandíbula casi tocándoles las rodillas, de

puro pasmo. Pero en cuanto la preciosa rubia pasó rápidamente por su lado, la atención de ambos regresó a la terraza, puesto que de nuevo se recortaba en los cristales con cortinas la silueta del anciano Angel Tomás.

—Mira —señaló Heriberto—. Ahí tienes al viejo dando unos paseítos.

—Debe estar entrenándose para ponerse en forma —rió José—. ¡La madre que la parió! ¿Has visto qué tía acaba de pasar, tú?

—No me hables —puso los ojos en blanco Heriberto—. ¡No me hables!

Mientras tanto, la rubia seguía caminando alejándose de allí. Lo hizo exactamente tres calles. Entonces, sin más, se dirigió al coche cuyas luces habían destellado un instante y se sentó junto al conductor.

—Buenas noches, Simón. ¿Todo está bien?

—Todo está bien, Baby —asintió el hombre de la CIA—. Naturalmente usted y Número Uno se han dado cuenta de que tienen a un par de sujetos tras sus talones.

—Esa gente no tienen la menor importancia —desdeñó fríamente Brigitte—. Vámonos hacia La Herradura.

—Muy bien.

* * *

La Herradura es un simpático pueblecito construido en una cala que tiene precisamente forma de herradura, por lo que, desde el chalé que ocupaba en la playa, Lazlo Krap debía ver perfectamente casi la totalidad del resto de las casas del pueblo.

Pero Lazlo Krap estaba ya harto de mirar hacia las casas del pueblo, hacia el mar, y hacia todas partes. Eran alrededor de las doce de la noche y estaba terriblemente aburrido.

No es que estuviese cansado, pues nada había hecho durante el día más que pensar, beber y fumar, pero decidió que lo mejor que podía hacer era acostarse y olvidar aquella parte de su trabajo que más le irritaba y le destemplaba los nervios: la espera.

Una espera que ni siquiera podía entretener como en otras ocasiones en jugar al póquer con su lugarteniente y dos de sus hombres de confianza que compartían con él el chalé. Los tres estaban de viaje con el coche, hacia los lugares donde ellos ya sabían, de fuentes bien informadas, que se realizaría la entrevista entre los presidentes de El Salvador y Honduras.

«Ha sido una estupidez enviarlos allí —pensó Lazlo Krap—. A fin de cuentas ya sabemos con toda seguridad cuál es el sitio y lo conocemos perfectamente. Pero en fin…»

Pasó al dormitorio, comenzó a desvestirse, y cuando estaba en ropa

interior, con la cual pensaba dormir tendido simplemente sobre la cama, oyó el frenazo del coche. Se quedó inmóvil un instante, escuchando atentamente y sonrió cuando el timbre de la puerta emitió el zumbido.

«Estupendo —se dijo—. En lugar de volver mañana han decidido hacerlo esta misma noche. Parece que todavía podemos alargar un poco más esta asquerosa velada.»

Ataviado con camiseta y calzoncillos y con zapatos y calcetines, Lazlo Krap salió del dormitorio, cruzó el corto pasillo, luego el vestíbulo del chalé y, sin más complicaciones, sonriendo, abrió la puerta.

Pese al considerable calor de la noche, Lazlo Krap quedó helado. No es que fuese un moralista ni hombre que guardase precisamente ninguna forma de comportamiento social, pero aparecer con aquella indumentaria delante de una muchacha, no resultaba en modo alguno una postura y situación airosas.

Una hermosísima muchacha rubia, por cierto.

—¡Oh! —exclamó ella—. Perdone, señor.

—¿Qué le ocurre? —gruñó Lazlo Krap.

—Bueno, le ruego que me perdone. Veo perfectamente que he sido de lo más inoportuna. Pero he tenido un contratiempo con el coche y quisiera telefonear a mi marido para que pasase a recogerme con el suyo.

Lazlo Krap frunció el ceño y alzó su muñeca izquierda lanzando un rápido vistazo a su reloj.

—Mire, señora, no quiero parecerle brusco, pero…

—Lo siento de veras —se conmovió ella con un gesto encantador—. Comprendo que es muy tarde, pero como vi luz en una ventana, pensé que…

—Está bien —acabó por sonreír Krap, derrotado por la sonrisa de la rubia—. Pase. No tengo inconveniente alguno en que telefonee.

—Se lo agradezco mucho, pero si he de molestar… Bueno, quiero decir que quizá su esposa esté durmiendo o…

—No se preocupe. Estoy solo en la casa, lo cual —sonrió maliciosamente Lazlo— quizá provoque la preocupación de usted, no la mía.

—Le aseguro que no es usted el primer hombre en calzoncillos que veo —rió la muchacha—. ¿De verdad no le molesta a usted que pase a telefonear?

—De verdad y nada más que de verdad —asintió él—. Pase.

La rubia entró sonriente y mirando a todos lados con un gesto muy propio de la curiosidad femenina Lazlo Krap cerró la puerta y señaló hacia la de la izquierda, que conducía a la sala de estar. Fueron los dos hacia allí, él se colocó en un lado y volvió a señalar hacia el interior. La rubia entró y él lo hizo detrás, mirando fijamente el elástico y elegante

movimiento de las magníficas caderas de la muchacha. En ese mismo instante, Lazlo Krap tuvo un pensamiento que cruzó velozmente por su mentalidad de mercenario y asesino despiadado. La idea fue como un relámpago que le hizo vibrar un instante.

No tuvo tiempo de más, ni siquiera de comenzar a poner en marcha su imaginación respecto a lo diferente que podría ser la noche en compañía de aquella preciosidad rubia que se había vuelto y le apuntaba firmemente a la cabeza con una pequeña pistolita.

—Para ser usted un asesino, me resulta bastante confiado, señor Krap —dijo ella.

Lazlo Krap había vuelto a quedar helado.

—¿Qué significa esto? —musitó.

—Significa que usted y yo vamos a conversar unos minutos. Después de los cuales, según lo que usted me haya dicho, podrá continuar viviendo o quedará muerto aquí. Vaya a sentarse en ese sillón.

Tras breve vacilación, Lazlo fue hacia el sillón indicado y se sentó. Estaba un poco asustado, pero sobre todo irritado, verdaderamente furioso. No sólo por la situación de peligro ya, sino porque el ridículo que sentía estaba aumentando prodigiosamente.

La muchacha se sentó ante él, dejando a un lado el maletín rojo con florecillas azules. Cruzó las piernas con un bellísimo gesto que las dejó descubiertas en muy buena parte, y dijo:

—No soy persona a la que guste perder el tiempo, señor Krap. Por lo tanto vamos a hablar rápido y bien sobre el asunto que me ha traído aquí. ¿Está usted de acuerdo?

—Diga qué es lo que quiere —refunfuñó Krap.

—Quiero saber cuál es exactamente su parte en el asesinato del presidente de El Salvador, quiénes más van a intervenir y cuáles son los asociados de Nemesio Arévalo y del general Fuencarral.

Lazlo Krap palideció.

—¿De qué está usted hablando? —exclamó.

—Mire, Krap, ayer unos amigos y yo capturamos a Nemesio Arévalo. Supongo que sabe usted que me refiero al comandante Arévalo, que está actuando, digamos, de enlace entre el general Fuencarral y, posiblemente, otros militares o personas que piensan llevar a cabo una revolución en este país.

—Usted está loca —farfulló Krap.

—Como le digo, capturamos a Nemesio Arévalo, lo llevamos a un lugar adecuado y lo sometimos a unas… determinadas presiones que le convencieron de que debía decirnos toda la verdad de lo que sabía. Lamentablemente, todo lo que sabía el comandante Arévalo no era suficiente para tomar unas determinaciones que solventasen el asunto de un modo total. Luego, comprendiendo que el comandante Arévalo ya no

podía decirnos nada más y no queriendo asesinarlo fríamente, pusimos en práctica toda una escena teatral que ha dado óptimos resultados. En estos momentos, el comandante Arévalo está en el hospital de la Virgen de los Remedios, siendo atendido como corresponde a una persona que sufre un shock después de un accidente automovilístico. Ni que decir tiene que ese accidente automovilístico fue preparado cuidadosamente por nosotros y que el comandante Arévalo no sufre realmente un shock, sino que está durmiendo bajo los efectos de un gas que suelo utilizar con frecuencia en mis trabajos. ¿Lo ha comprendido ahora, señor Krap?

—¿Quién es usted?

—No soy yo quien ha de contestar las preguntas, sino usted. ¿No quiere hacerlo? ¿Está seguro de ello?

—No puedo decirle más de lo que sé.

—Me conformo con eso. Pero sería conveniente que supiera usted mucho. Por ejemplo: ¿a cuál de los dos presidentes tiene usted que matar?

—Al de El Salvador —mascculló Krap.

—¿Dónde y cuándo exactamente?

—En Chalatanengo dentro de cinco días.

—Supongo que sabe usted que las órdenes que está obedeciendo del comandante Arévalo, irradian principalmente del general Tadeo Fuencarral.

—Sí. Lo sé.

—De acuerdo. ¿Qué ocurriría después de la muerte del presidente de El Salvador? Y no me diga que está programada también la muerte del presidente de Honduras, porque eso ya lo sé. Me refiero a qué ocurrirá respecto a ambos países.

—Está preparada una revolución armada.

—Fantástico. ¿Cuentan ustedes con las armas suficientes para semejante proyecto?

—Por supuesto que sí. Tenemos armas suficientes para controlar la situación rápidamente.

—Ya. Y unos mil quinientos hombres seguramente bien adiestrados que están esperando en las montañas la hora de recibir la ayuda de los soldados o civiles que en un momento dado se pondrían de parte de Tadeo Fuencarral. ¿Es así?

—Sí. Es así.

—De acuerdo. Tal como se está deslizando la conversación, señor Krap, está usted haciendo acopio de muchísimas probabilidades de continuar viviendo. Pero todavía le quedan tres preguntas. Primera: ¿qué sabe usted del New International Bank?

—¿De qué? —se sorprendió Lazlo Krap.

—Segunda: ¿qué significa exactamente para usted el nombre de

República de Ilopango?

—No tengo ni idea de lo que está usted diciendo —se pasmó el mercenario.

—Tercera: ¿quiénes son los asociados del general Fuencarral?

—A eso puedo contestar simplemente que no lo sé.

—¿Tampoco sabe lo de los billetes de oro por un valor de un millón de dólares emitidos por el New International Bank y lo que significa la República de Ilopango?

—Le juro que no tengo ni idea sobre eso.

—Está bien. Esa gran cantidad de armas de que ustedes van a disponer, ¿están ya distribuidas entre los hombres que han de utilizarlas, o han de llegar todavía por determinado lugar y ser distribuidas en su momento?

—Han de llegar.

—Magnífico. ¿Cuándo y por dónde?

—No lo sé. Mejor dicho, sí lo sé, pero no recuerdo el nombre de la cala donde ha de llegar el pesquero. Lo tengo anotado en las instrucciones. Es un nombre raro, así como indio, de modo que no sólo no lo recuerdo, sino que ni siquiera puedo pronunciarlo bien.

—No hable tanto, señor Krap, y procúrese usted el material adecuado para decirme este nombre. ¿Cuándo es la fecha del desembarco?

—Pasado mañana, eso sí lo sé. Tengo todos los papeles en un cajón de esa librería. ¿Puedo ir a sacarlos?

Un frío destello pasó por los verdes ojos de la hermosa rubia.

—Hágalo —autorizó con levísima sonrisa que escalofrió a Lazlo Krap —. Pero usted verá si le conviene sacar algo más que papeles.

—Sólo hay papeles en ese cajón —aseguró Krap.

—De acuerdo. Pues vaya a buscarlos. Y mientras tanto dígame: ¿cuál es el nombre de ese pesquero?

—Eso no lo sé todavía. El comandante Arévalo tenía que informarme de ello unas pocas horas antes de que el pesquero llegara al lugar convenido.

Mientras conversaba este último aspecto de la cuestión, Lazlo Krap se dirigía hacia el mueble librería. Llegó allí, se colocó a un lado, muy ostentosamente, de modo que la rubia no pudiese equivocarse respecto a sus movimientos y utilizando sólo dos dedos, abrió uno de los cajones. Metió la mano dentro, y luego, muy despacio, muy despacio, la fue retirando sosteniendo un puñado de papeles, que mostró por un lado y otro, siempre moviendo el brazo derecho tan lentamente que sus intenciones de cooperación por el momento, no podían estar más claras.

—¿Puedo sentarme de nuevo o se lo leo desde aquí? —preguntó Krap.

—Puede sentarse. No hay por qué estar incómodos.

El húngaro sonrió secamente y de nuevo huraño. Comenzó a caminar hacia su sillón mientras ordenaba un poco los papeles y los examinaba buscando el nombre del que debía informar a la bella rubia que le apuntaba con firmeza y seguridad.

—Ah, aquí está… Vea si es un nombre verdaderamente raro, no crea que pretendo dármelas de listo. El nombre donde llegará el pesquero es Roca Xolicoatitlán… Bueno, no sé si lo he pronunciado bien, de modo que usted misma puede…

Mientras hablaba, Lazlo Krap había llegado a menos de dos metros de Baby camino del sillón que tenía que ocupar nuevamente. Pero resultó evidente que Krap no quería ocupar de nuevo, aquel sillón, sino sacar partido de la atención que la rubia prestaba a sus palabras. Atención que por tanto debía distraerla de su vigilancia sobre el húngaro.

En cierto modo fue así.

El salto que dio Lazlo Krap desde casi dos metros y mientras todavía seguía hablando, sorprendió a Baby Montfort, que lo vio llegar lanzado con las piernas por delante; y mientras comprendía velozmente que aquel hombre tenía conocimientos profundos de karate, Baby empujaba su sillón hacia atrás fuertemente y apretaba el gatillo de la pistolita.

Plof, sonó el chasquido del disparo.

Casi simultáneamente se oía el alarido de dolor de Lazlo Krap, y un instante después Baby caía al suelo de espaldas y de cabeza, que sonó con fuerza contra el suelo. Todavía giró hacia atrás semiaturdida y se colocó rápidamente de rodillas a tiempo de ver en el aire a Lazlo Krap en un peligroso vuelo hacia ella.

La espía internacional volvió a apretar el gatillo de su pistolita y de nuevo se oyó el alarido de Lazlo Krap. Pero éste era un hombre realmente fuerte y, aunque ya había recibido en el cuerpo la primera bala, soportó el segundo balazo sin perder la compostura de su vuelo hacia la espía internacional.

En el mismo momento en que caía sobre ella derribándola de nuevo, Brigitte se decía una vez más que aquella pistolita quizá tendría que ser desechada próximamente, puesto que estaba demostrado que, salvo que la bala fuese directamente a la cabeza o al corazón, no era suficiente para frenar los ímpetus, el poderío físico de hombres como Lazlo Krap.

Pero fue un pensamiento fugacísimo, puesto que había cosas mucho más urgentes que atender.

Lazlo Krap estaba ahora encima de ella, rugiendo fuertemente, lanzando espumarajos e intentando sujetar con la mano izquierda la muñeca derecha de Baby, mientras con la derecha agarraba la delicada garganta de la divina espía.

Conseguidos estos dos objetivos, Krap lanzó un rugido de victoria y

cargó todo el peso de su vientre y pecho sobre el torso y la cabeza de Baby, de modo que ésta quedó como aplastada en el suelo mientras su mano derecha era golpeada con fuerza contra éste y la pistolita salía volando de sus dedos. Al echarse contra ella, Lazlo Krap tuvo que abandonar su presa de la garganta, pero queriendo controlar a la rubia contra el suelo, lo que hizo fue utilizar la mano que acababa de dejar libre la garganta para asirla fuertemente pollos cabellos. Haciendo presa en ellos, tiró fuertemente hacia abajo, queriendo no sólo inmovilizar allí la cabeza de la mujer, sino golpearla contra el suelo, aturdiría aún más.

Este fue el gran error de Lazlo Krap.

Con el fuerte tirón, lo que ocurrió con los cabellos de Baby fue que, lógicamente, se desprendieron de la cabeza. La rubia cabellera quedó en la mano de Lazlo Krap, que además de perder el equilibrio hacia la derecha, cedió un instante en su poderoso control sobre Baby para dirigir una atónita mirada hacia la peluca que tenía entre los dedos.

En ese instante, el puño derecho de Brigitte, con el nudillo del dedo corazón más saliente que el de los restantes dedos, esto es, en la forma llamada «puño demonio», llegaba con fortísimo impacto justamente a la axila de Krap.

Este lanzó un auténtico chillido de rata pisoteada. El dolor de este golpe es tan intenso, tan profundo, tan penetrante que en ocasiones puede incluso provocar un colapso que conduce a la muerte.

Lazlo Krap no murió de ese golpe. Todavía, pese al dolor que le producía, semejante al de una lanza penetrando en su cuerpo por la axila y distribuyéndose luego por todo su organismo como una sacudida espantosa de dolor, quiso recuperar su control sobre la mujer que tenía bajo su cuerpo. Es decir, no ya debajo, sino a un lado.

Así que Lazlo Krap lanzó de nuevo su mano hacia los cabellos de la espía. Esta vez los cabellos auténticos, largos y negros. Y mientras, con la otra retorcía salvajemente el brazo de Baby que aún sujetaba por la muñeca. Ahora fue Baby quien lanzó un alarido de dolor, pero sin perder su noción del combate. Así que disparó de nuevo su puño libre, esta vez de modo no menos doloroso que la anterior golpeó en el ojo derecho de Lazlo Krap. Un nuevo aullido por parte de éste y el movimiento reflejo de soltar a Baby para llevarse ambas manos al lugar golpeado, fueron su derrota definitiva.

Dando un último tirón desesperado de su cuerpo, Baby llegó con sus dedos hasta donde estaba la pistolita, la empuñó rápidamente y se volvió cuando Lazlo Krap, tras quitarse las manos del rostro, se volvía hacia ella y se abalanzaba para recuperar su situación de privilegio.

Fue espantoso.

Como en una enorme pantalla gigante que caía sobre ella, Baby Montfort vio el reventado ojo de Lazlo Krap acercándose, como

queriendo inundarla de sangre y de líquido ocular.

¡Plof!, disparó de nuevo la pistolita.

Esta vez la pequeña bala llegó a un objetivo indiscutiblemente vulnerable: la frente de Lazlo Krap.

Con un último rugido que se convirtió en estertor, el mercenario y asesino húngaro llegó a caer de nuevo sobre Brigitte, pero ésta lo apartó con un rudo empujón, giró un par de veces sobre sí misma en posición horizontal y más allá se puso en pie tambaleante y estremecida apuntando al mercenario.

Pero ya no había precaución alguna que tomar con respecto a Lazlo Krap.

Así lo comprendió Baby tras tres o cuatro segundos de apuntar al húngaro; luego se inclinó, recogió la peluca del suelo y fue a dejarse caer en el sillón que se conservaba en posición normal.

Estuvo allí durante un minuto, cerrados los ojos, inmóvil, recuperando el ritmo respiratorio y poniendo orden en su alterado mecanismo mental.

Por fin, con gran cuidado, Brigitte Baby Montfort procedió a colocarse la rubia peluca escondiendo hábilmente debajo de ésta la negra cabellera. Se puso en pie, recogió los papeles que Krap había sacado del cajón y tras ordenarlos los guardó dentro del maletín. Con éste en la mano izquierda y la pistolita todavía en la derecha, la espía internacional se dirigió hacia la puerta del chalé, apagando todas las luces que antes había ido encendiendo Lazlo Krap para guiarla hacia el saloncito desde donde debía haber telefoneado.

Por supuesto que la rubia ya no tenía intención ni necesidad alguna de telefonear.

Pero cerró la puerta de la casa, fue a sentarse ante el volante del coche y partió.

En el asiento de atrás, Simón-San Salvador, que había estado agazapado allí pistola en mano, esperando la contingencia de intervenir en ayuda de Baby, se sentó correctamente y preguntó:

—¿Todo ha ido bien?

—Relativamente bien. Me he enterado de muchas cosas, Simón, pero he tenido que matar a Lazlo Krap.

—Bueno, por lo que tengo entendido, no creo que deba usted sentir grandes remordimientos. Era un asesino, un hombre que se alquilaba para promover y participar en actividades que solamente perjudicaban a otros seres humanos.

—Es un punto de vista que siempre ha sido el mío —suspiró la rubia al volante—. Pero hubiese preferido poder quitarlo de en medio del mismo modo que hice con el comandante Arévalo.

—Ya está hecho —encogió los hombros Simón—. Pero si le molesta

que este cadáver se quede ahí para ser encontrado, puedo encargarme de hacerlo desaparecer.

Brigitte Baby Montfort tardó quince o veinte segundos en contestar a Simón. Fue un tiempo que dedicó a pensar en las consecuencias de la muerte de Lazlo Krap y los beneficios o perjuicios que pudiese ocasionarle a ella y Número Uno, en su acción de desbaratar los planes de Tadeo Fuencarral.

—No —dijo—. Acaba de ocurrírseme algo que dará mejores resultados que hacer desaparecer el cadáver de ese hombre. Por el contrario, ahora me interesa más que sea hallado, y cuanto antes mejor; pero necesitaré un par de hombres con una radio adecuada para comunicarse con usted en el momento preciso.

—Podemos conseguirlos con toda facilidad, naturalmente.

—Bien. ¿Qué distancia hay de aquí a San Salvador?

—Unas treinta y cinco millas.

—Bien. No es distancia que resulte excesiva para mi pequeña radio especial. ¿Quiere usted ponerse ahora al volante, Simón?

—Con mucho gusto.

Baby detuvo el coche, se efectuó el cambio de conductor y la marcha fue reemprendida, sentada ahora la espía en el asiento delantero junto a Simón y accionando el pequeño botoncito de su radio de bolsillo.

—¿Sí? —se oyó la tensa voz de Número Uno.

—Estoy bien, mi amor —se apresuró a decir Brigitte—. He tenido que matar a Lazlo Krap.

—Eso puede complicar las cosas —resonó la voz de Uno, en el interior del coche.

—He pensado algo, que quizá las simplifique, precisamente. Habría sido demasiado elaborado recurrir con Krap al mismo truco que con el comandante Arévalo. De modo que, como Krap está muerto y ya no tiene remedio, se me ha ocurrido que podemos sacar partido de la situación… y muy rápidamente.

—Estoy convencido de que, sea lo que fuere lo que has pensado, dará resultado. ¿De qué se trata?

—Preferiría explicártelo luego, cuando nos reunamos. De momento, voy a decirte que no es necesario que corras ningún riesgo, al acercarte a nuestro compatriota Billy Ziegel. Quiero decir que ya no necesitamos tener que simular accidentes ni contratiempos de ninguna clase. Simplemente, mátalo,

—De acuerdo. ¿Algo más?

—N0, mi amor. Nada más.

Brigitte cerró la radio, la guardó en el maletín, y, tras un largo minuto de silencio, se volvió a mirar a Simón-San Salvador, que continuó conduciendo. Al leve resplandor de las luces del coche que

iluminaban la carretera, Baby captó la mueca un tanto impresionada del agente de la CIA.

—¿Algo no va bien, Simón? —preguntó.

—Solamente estoy un poco impresionado —murmuró Simón—. Hace unos minutos, usted lamentaba haber tenido que matar a Lazlo Krap. Y hace unos instantes, ha ordenado, con la mayor naturalidad, a Número Uno que él asesine a Billy Ziegel.

—Tiene usted razón —musitó Baby—. Pero esa clase de hombres, tarde o temprano, deberían ser ejecutados, eliminados; lo mismo da que sea ahora o dentro de unos días, fusilados por las fuerzas de El Salvador. La diferencia está en que si antes nos convenía una supervivencia de ellos, más o menos prolongada, ahora, simplemente, de acuerdo a mi cambio de planes, nos interesa su muerte rápida. Y desde luego, que mañana por la mañana sea descubierta.

—Yo también estoy convencido de que si usted ha planeado algo, saldrá bien. Sólo quisiera hacerle una pregunta.

—Hágala.

—¿Cómo va a arreglárselas Número Uno para matar a Billy Ziegel? Porque ese hombre no vive solo. No está solo. Está alojado nada menos que en el Hotel Colón, yo diría que uno de los mejores de la capital, y convendrá usted conmigo que, así las cosas, no será tan fácil entrar en un chalé donde hay un hombre que inicialmente no podía desconfiar de una preciosa muchacha rubia.

También Brigitte tardó unos segundos de más en responder, en esta ocasión. Y cuando lo hizo, moviendo la cabeza con un gesto negativo, fue para musitar:

—No sé cómo se las arreglará Uno para matar a Billy Ziegel. Lo que sí sé es que si Ziegel fuera una persona de mi aprecio, ya estaría rezando una oración por su alma.

* * *

Era ya la una y media de la madrugada cuando Billy Ziegel, el mercenario norteamericano, abandonó aquel apartamento, en compañía de su lugarteniente y compinche de aventuras, Roy Waldorf.

Los dos hombres iban contentísimos y satisfechísimos, porque habíanlo pasado formidablemente. A fin de cuentas, su profesión era jugarse la vida, así que si de cuando en cuando se corrían una juerga como la de aquella noche con aquellas cuatro chicas, en un apartamento, se podía considerar que tenían derecho a ello.

Un punto de vista muy peculiar el de los dos mercenarios, pero que ellos pensaban era muy lógico y razonable, considerando que, durante el año, se jugaban la vida en muchas ocasiones. Claro está que en ninguna

de ellas por ninguna causa justa o humanitaria, sino siempre buscando exclusivamente su propio beneficio.

Todavía desde la calle, Ziegel y Waldorf hicieron unos grotescos saludos dando brincos y riendo, a las chicas que se habían asomado al ventanal, y, pese a que les recomendaban silencio, no dejaban de emitir risitas. Para ellas, la noche también había sido buena, pues Ziegel no tenía ciertamente el defecto de la tacañería.

Ya en el coche los dos hombres, Waldorf al volante, emprendieron el regreso al Hotel Colón. Así es la vida. De no ser nada, de no ser nadie, no se convierte uno en personaje importante, con los bolsillos llenos de dinero, tan sólo porque ha aprendido unas cuantas artimañas, tiene don de mando, y, por supuesto, carece completamente del más pequeño escrúpulo o remordimiento de conciencia.

—Vaya nochecita —rió agudamente Roy Waldorf—... Hace tiempo que no me divertía tanto, Billy.

Ziegel también rió, y luego, tras fruncir el ceño, comentó:

—A mí, la que más me ha gustado es la pelirroja. ¿Te has fijado qué redondeces tan enormes y poderosas tiene?

—Me he fijado adecuadamente, y las he apreciado a mi gusto y placer. ¡Hombre, a ver si te crees que soy tonto!

—¿Y la negrita? —reflexionó Ziegel—. La negrita estaba también muy rica, ¿no te parece?

—Riquísima. Y además, era la que mejor se portaba en la cama, porque las demás, mucho aparato de belleza, muchos pechos gruesos y turgentes y vibrantes... pero a la hora de complacer adecuadamente nuestras aspiraciones, la que trabajaba con más voluntad y cariño era la negrita.

—Sí... Desde luego, es todo un bomboncito de lo más gustoso y exquisito.

—Te ha salido en verso...

—¡Jo, jo, jo!

Riendo, y recordando entre risotadas y obscenidades las características físicas y las habilidades amatorias de las cuatro muchachas que habían compartido con ellos la velada hasta entonces, Billy Ziegel y Roy Waldorf llegaron en pocos minutos frente al Hotel Colón.

Pero incluso en los mejores lugares se cuela algún que otro personaje indigno, y éste era el caso de aquellos días en el Hotel Colón.

Siempre riendo y continuando con sus bromas, que afortunadamente no podían molestar a nadie, pues nadie había en el vestíbulo a aquella tardía hora, los dos mercenarios recogieron las respectivas llaves de sus habitaciones y se dirigieron hacia el ascensor, que segundos después les dejaba en el cuarto piso. Una vez allí, y con unas últimas risotadas y

cambios de gestos y comentarios obscenos, se despidieron, y cada uno entró en su habitación.

Respecto a Roy Waldorf, éste dejó de ser interesante en cuanto la puerta de su habitación se cerró tras él.

Pero no así respecto a Billy Ziegel, el cual, después de cerrar la puerta de su habitación, encendió la luz, y, dando unos pasos trompicados, se fue directo hacia el cuarto de baño.

Es decir, su intención era entrar en el cuarto de baño, pero en el camino desde la puerta al cuarto de baño había algo, que sorprendió realmente al mercenario. Atónito, todavía con la cabeza llena de los efectos del alcohol, de las risas y de recuerdos sexuales, Billy Ziegel se quedó plantado en el suelo, con los pies clavados a éste, y mirando, con gesto rayando en lo estúpido, al hombre que estaba sentado en el amplio y confortable sillón de la habitación, cerca de la ventana.

—¿Quién es usted? —exclamó, por fin, Ziegel—. ¿Qué hace aquí?

El desconocido, un sujeto de contextura atlética, delgado, vestido con una elegante sobriedad, que le hacía contrastar grandiosamente con Billy Ziegel, simplemente apretó aún más un instante sus ya apretados labios, que parecían un corte en aquel rostro de roca. El bronceado de su piel era tal que Billy Ziegel pensó que aquellas manos y aquel rostro eran como de roca… No. Como de barro cocido, mejor.

—Mire, amigo —farfulló Ziegel—… Sea quien fuere usted, se ha equivocado de habitación, así que lárguese de aquí, antes que le parta la cara.

El desconocido se puso en pie, y de nuevo apareció un gesto de pasmo en los ojos de Ziegel. Aquel hombre era, desde luego, más alto que él, y más ancho de hombros, aunque al principio se hubiese dejado engañar por la delgadez de su cuerpo. Debía medir no menos de metro ochenta y cinco, tenía los cabellos de un extraño color cobre, y los ojos más negros y penetrantes que Billy Ziegel había visto en su vida.

Por un instante, un rayo de luz penetró por la mente del mercenario.

—¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿Qué es lo que quiere?

El otro no dijo nada; simplemente, en su mano derecha apareció una pistola, provista de silenciador, y apuntó con ella a la frente de Billy Ziegel.

Este palideció bruscamente, y dio un paso atrás.

—No, no —jadeó—… ¡Espere un momento…!

¡Plof!

El disparo apenas hizo ruido. Fue un leve chasquido, simplemente. Hizo bastante más ruido Billy Ziegel, al caer hacia atrás, impulsado por la bala que penetró en su frente y le hizo bizquear brutalmente, mientras caía de espaldas.

Y así quedó, tendido en el suelo de espaldas, con los estrábicos ojos

muy abiertos un tanto alzados, como si quisieran contemplar el negruzco agujero que había hecho la bala que había terminado con su vida.

Clark Coleman, Angelo Tomasini, Número Uno, guardó con un gesto elegante la pistola en la axila izquierda, y miró su reloj de pulsera. Eran las dos menos doce minutos, es decir, que Brigitte debía haber llegado ya a la casa número seis de la Plaza Custodio, o bien estaba a punto de llegar.

Y si Brigitte ya estaba allí, esperándole, él no iba a perder ni un segundo en reunirse con ella.

* * *

—¡Hey! —dijo Heriberto, dándole un codazo al soñoliento José—. ¡Ahí tenemos otra vez a la rubia, tú!

José se despertó rápidamente, y miró hacia la casa número seis de la Plaza Custodio. En efecto, la rubia estaba allí, ante sus ojos y a cierta distancia. Con ella había ahora un hombre, y, al verlo, José comprendió todo el mecanismo de las idas y vueltas de la rubia, tal como lo había comprendido Heriberto, unos segundos antes.

—¡Vaya! —refunfuñó—… Parece que la rubia ha sabido encontrar buena compañía.

—Hombre, claro… ¿A qué te crees tú que salía esa chica de noche? ¿A cazar murciélagos?

Más allá, y contemplando con el rabillo del ojo el coche donde estaban los dos amigos de Fabián Ayala y Tadeo Fuencarral, la rubia sonreía, mirando a Simón, que parecía ligeramente turbado.

—Vamos, vamos, Simón, no sea niño… Sólo se trata de un beso.

—Bueno. No crea usted que la idea me desagrada. Por lo que a mí respecta, me pasaría la vida besándola. Pero supongo que Número Uno sabrá comprender que…

—No sea tonto. Número Uno y yo estamos por encima de estas pequeñas tonterías. Así que para dejar tranquilos a esos dos muchachos, que se han dedicado a vigilar a los ancianos señores Tomás, sólo tiene usted que darme un beso, meterse en el coche, y marcharse.

Simón-San Salvador aceptó, encantado, naturalmente; abrazó a la rubia muchacha, la besó en los labios, procurando no exagerar la nota, y cuando se separó de ella, se quedó mirándola verdaderamente impresionado.

—Ha sido muy agradable —susurró.

—Lo celebro —rió ella—. Adiós, Simón, y no olvide nada de lo que tiene que hacer cuanto antes.

—No se preocupe. Todo estará a punto, en el momento en que usted

lo necesite. Y cuando digo todo, quiero decir todo.

La rubia sonrió, se despidió con un gesto de la manita, y entró en el edificio. Poco después, lo hacía en el apartamento, que estaba a oscuras, y en completo silencio. Una mirada a la cama fue suficiente para asegurarse de que, en efecto, Número Uno todavía no había regresado.

La rubia se quitó la peluca y las lentillas a oscuras, y lo dejó todo adecuadamente ordenado. Luego se desnudó, se puso en la caima, y encendió un cigarrillo.

Hacía solamente dos minutos que lo había encendido cuando oyó las suaves pisadas fuera del dormitorio. Un instante después, la alta silueta se recortó en el umbral de la puerta. Número Uno llegó junto a la cama, se sentó en el borde, se inclinó, y besó a Brigitte en un lado del cuello.

—¿Estás bien? —susurró.

—Por supuesto, mi amor. ¿Y tú?

—También. No ha habido ningún problema.

—Estupendo. Pero, por mi parte, creo que sí ha habido un pequeño problemita.

—¿Un problemita? ¿A qué te refieres?

—He tenido que besar a un hombre.

—¿A qué hombre?

—A Simón.

—Entiendo. Pero ¿ha sido un beso dado con el corazón, o con los labios?

—Sólo con los labios —musitó Brigitte Baby Montfort—… Sabes que con el corazón sólo te beso a ti…

Capítulo VII

DEBÍAN ser las seis de la tarde cuando, finalmente, Fabián Ayala apareció en el gran salón-despacho de Tadeo Fuencarral, que se hallaba sentado en su sillón favorito, con la mirada perdida hacia el gran ventanal que se abría al jardín.

—Ya están aquí, mi general.

Fuencarral volvió la cabeza hacia los dos hombres que estaban sentados juntos en el sofá. Uno de ellos era Desmert, el lugarteniente de Lazlo Krap, y el otro, Roy Waldorf, el lugarteniente de Billy Ziegel. Los dos estaban ya calmados y recuperados de su impresión, pero evidentemente su estado de ánimo era más bien intranquilo. Tan intranquilo y preocupado como el de Tadeo Fuencarral, e incluso el de Fabián Ayala.

—Salgan afuera —dijo Fuencarral—. Ya les avisaré luego lo que tenga que ordenarles para que se encarguen de asumir los puestos de Krap y Ziegel.

Sin decir una sola palabra, Desmert y Waldorf se pusieron en pie y abandonaron el salón-despacho. Cruzaron el vestíbulo y salieron de la casa. Allí, delante de ésta, se había detenido un coche, del cual se estaban apeando, en aquel momento, cuatro hombres. Cuatro hombres, cada uno de los cuales llevaba lentes oscuros, una frondosa barba, y un no menos frondoso y gigantesco bigote. Waldorf y Desmert cambiaron una mirada de sincero desconcierto, pero acabaron por sonreír, con un intento de ironía. Aquellos tipos no debían ser muy listos… o bien no les importaba en absoluto que quien los viera en aquella casa se diera cuenta, en el acto, de que tales barbas y bigotes eran postizos, y que los lentes no eran más que un aditamento más para ocultar sus verdaderas facciones.

Prescindiendo de ellos, los dos mercenarios se alejaron unos pasos de la casa, para conversar con los vigilantes de ésta.

Mientras tanto, los cuatro hombres habían entrado en la mansión. En el vestíbulo les estaba esperando

Fabián Ayala, que señaló hacia donde también les estaba aguardando Tadeo Fuencarral.

Este no se inmutó, ni hizo gesto alguno cuando vio aparecer a los cuatro barbudos personajes.

—«Estamos solos —dijo—. De modo que pueden quitarse todos esos postizos, si quieren estar más cómodos.

Los cuatro hombres lo hicieron, y fueron a ocupar diversos asientos. Eran unos sujetos de rostros de facciones correctas, expresión inteligente, cabellos bien recortados… Podían parecer ejecutivos de edad madura y que tenían una mentalidad amplia y una inteligencia muy bien desarrollada, que les permitía ocupar importantes cargos, en cualquier empresa de gran importancia. Uno de ellos, el que debía tener unos sesenta años, es decir, un promedio de diez más que los otros tres, era el que se había sentado más cerca de Tadeo Fuencarral. Este personaje, de cabellos abundantes y grises, de ojos de un tono entre pardo y verdoso, y boca delgadísima, hasta el punto de que parecía no tener labios, fijó sus ojos, de pérfida expresión, en el revolucionario general salvadoreño.

—¿Qué es exactamente lo que ha ocurrido? —gruñó.

—Exactamente, no lo sé. Pero Ziegel y Krap han sido hallados muertos, por sus respectivos lugartenientes.

—¿Quiere decir, con esto, que no saben quién los ha matado?

—Claro que no —gruñó Fuencarral—. Si supiésemos esto, habríamos comenzado a resolver las cosas por nosotros mismos.

—Yo creo —intervino otro de los personajes— que no debemos discutir entre nosotros. Es evidente que, en alguna parte se ha producido un fallo. Sin más complicaciones, ni discusiones, ni pérdidas de tiempo, lo que debemos hacer es localizar ese fallo, y ponerle remedio… si todavía es posible.

—No ha habido fallo en parte alguna —dijo, con tono firme, Tadeo Fuencarral.

—Tiene que estar usted equivocado, general —intervino otro de los visitantes—. Cuando ocurren cosas así es porque algo ha fallado. Y quiero recordarle que, en situaciones como ésta, cuando unos sujetos como Lazlo Krap y Billy Ziegel aparecen asesinados, suele ser el principio de una hecatombe para quienes están relacionados con ellos.

—Pues no ha ocurrido nada digno de mención —insistió Tadeo Fuencarral, mostrando ya en sus ojos las venillas rojas de la irritación—… Hasta el momento, todo funciona perfectamente. Es más, ayer tuve una visita, que seguramente les resultará muy interesante a ustedes. Una romántica pareja de ancianos, que puede aportar…

—Un momento —exclamó Fabián Ayala—… ¡Un momento, mi general, por favor!

—¿Qué te ocurre a ti? —le miró furiosamente Fuencarral.

—La romántica pareja, mi general… Sí ha ocurrido algo que sea digno de mención, en estos días. Y fue precisamente en la madrugada de ayer… Me estoy refiriendo al accidente del comandante Arévalo.

Tadeo Fuencarral fue a decir algo, pero se quedó con la boca abierta, y su ceño, de pronto, se frunció. Los visitantes, que iban mirando de Ayala a Fuencarral y viceversa, se quedaron finalmente mirando al primero.

—¿De qué accidente está usted hablando, Ayala? ¿Y quiénes son esa… romántica pareja?

—Un par de ancianos multimillonarios, señor —explicó Ayala—. Parece que incluso podrían llegar a reunir un total de cincuenta o sesenta millones de dólares, motivo por el cual el general aceptó consultar con ustedes la inclusión de esta romántica pareja en la formación del New International Bank y de la República de Ilopango. Pero ahora que recuerdo, ellos dijeron cosas que cabe mucho dudar que el comandante Arévalo las hubiese explicado. Y mucho menos, por teléfono.

El hombre de más edad, el de los cabellos grises y ojos de tono pardo verdoso, frunció el ceño, y gruñó:

—No estamos entendiendo nada de nada, Ayala. De modo que explíquele todo bien o cállese.

Fabián Ayala no se calló. Con los máximos detalles de que era capaz su memoria y sus posibilidades de expresión, explicó a los cuatro desconocidos personajes todo el proceso que había dado lugar la tarde anterior.

Cuando la explicación de Fabián Ayala terminó, hubo un intercambio de miradas entre los cuatro visitantes. Y por fin, el de más edad se quedó mirando fijamente a Tadeo Fuencarral.

—Verdaderamente, general, la imprudencia de usted es algo que escapa a nuestra comprensión. ¿No se le ha ocurrido pensar que todo este asunto del comandante Arévalo, así como la carta que él escribió a esa romántica pareja, e incluso, y sobre todo, la llamada telefónica, puede ser un trucó?

—¿Un truco de quién? —preguntó Fuencarral, que estaba lívido.

—¿Cómo quiere que sepamos nosotros…?

La llamada a la gruesa doble puerta del salón-despacho hizo enmudecer al hombre. Todos volvieron vivamente la cabeza hacia allí, y finalmente, con un gruñido, Tadeo Fuencarral indicó a Ayala que fuese a ver qué ocurría.

Fabián Ayala abandonó el salón-despacho, pero por breve tiempo. Tan sólo siete u ocho minutos más tarde entró de nuevo, cerró la doble puerta tras él, y, verdaderamente asombrado, muy abiertos los ojos, exclamó:

—¡Están aquí!

—¿Quiénes están aquí? —se envaró Fuencarral.

—¡La romántica pareja, mi general! Dicen que han decidido dar un

paseo por las afueras de la capital, y que han aprovechado para venir a preguntarle a usted si ya sabe alguna cosa concreta sobre la conversación de ayer.

—Esa pareja tiene que saber algo de todo esto —aseguró el portavoz de los visitantes—. Salga a buscarlos, Ayala. Pero no entre hasta dentro de un minuto.

Fabián Ayala, siempre fiel, miró a Tadeo Fuencarral, que se limitó a asentir con un gesto. Luego salió del salón-despacho, dejando a los cuatro visitantes colocándose de nuevo la barba y el bigotazo, así como los lentes oscuros.

Transcurrió sobradamente el minuto, y, por supuesto, ya los cuatro hombres habían ocultado nuevamente sus facciones bajo las falsas barbas, cuando la puerta se abrió y apareció Margarita Valdés de Tomás, seguida de Angel Tomás, y, tras ambos, Fabián Ayala, que consultaba con un gesto a Tadeo Fuencarral.

La romántica pareja dio un par de pasos hacia dentro del salón, antes de darse cuenta de que Tadeo Fuencarral no estaba solo. La señora Tomás lanzó una encantadora exclamación de sorpresa, y luego se volvió vivamente hacia Fabián Ayala.

—Pero, señor Ayala… ¡debió usted decirnos que el general Fuencarral estaba ocupado!

—No se preocupen por eso —se puso en pie Tadeo Fuencarral, acudiendo al encuentro de ellos—. Estos señores, precisamente, forman parte de mi grupo. Es decir, son los más importantes de mis asociados, y creo que su inesperada visita resulta de lo más oportuno: así podrán cambiar impresiones personalmente con ellos.

—Oh… Oh, bueno… Sí, me parece estupendo, ¿verdad, mi amor?

—Por supuesto —asintió Angel Tomás—. Creo que siempre da mejores resultados la conversación directa con los propios interesados, que con los intermediarios, como creo que lo es, en este caso, el general Fuencarral.

—Sí, es cierto, mi amor. ¡Qué cosa más rara!

—¿Qué es raro? —se sorprendió Fuencarral.

—Pues… Bueno, voy a parecerle a ustedes un poco tonta, pero… Bueno, no sé si decirlo, francamente.

—Sea usted tan amable de decir todo aquello que desee, señora, por favor.

—Pues… es que veo esas barbas, estos bigotes, y estos lentes todos tan iguales, que… pues francamente, me recuerda algo así como un baile de disfraces, general.

Después de estas palabras, pronunciadas por la señora Tomás, se hizo un denso silencio en el salón-despacho. Luego, uno de los barbudos personajes se adelantó hasta colocarse delante de Margarita.

—Evidentemente, señora Tomás, nosotros no estamos haciendo grandes esfuerzos para ocultar que esto es un disfraz, sino un pequeño esfuerzo para ocultar nuestras facciones. Y debo admitir que lo estamos haciendo de un modo ingenuo, y, por supuesto, como lo haría un aficionado. En cambio, ustedes lo están haciendo magníficamente.

—¿Perdón? —parpadeó, sorprendidísima Margarita—. ¿Qué quiere usted decir, señor… señor…?

—Si espera usted que le diga mi nombre, está en un grandísimo error —sonrió secamente el barbudo—. En cuanto a ustedes, no creo que hayan dicho la verdad, respecto al suyo.

—¿Qué está usted insinuando? —adelantó un paso Angel Tomás.

El barbudo hizo un gesto, y en el acto sus compañeros sacaron cada uno su pistola, con las que apuntaron hacia el todavía apuesto Angel Tomás. Fabián Ayala se apresuró a hacer lo mismo, colocándose de tal modo que al mismo tiempo apuntaba también a Margarita.

—¿Qué significa esto? —exclamó la señora Tomás.

El barbudo que había estado conversando con ella se acercó aún más. De pronto alzó la mano derecha, agarró la gris cabellera de la elegantísima Margarita, y dio un seco y fortísimo tirón… Naturalmente, la cabellera gris y peinada tan decorosamente de acuerdo a la edad de la dama, quedó entre los dedos del barbudo, que retrocedió vivamente dos pasos, captando el gesto agresivo de Angel Tomás.

Las exclamaciones fueron pocas y muy breves. El más sorprendido de todos era Tadeo Fuencarral, y le seguía, en grado de pasmo, su fidelísimo Fabián Ayala, cuya boca estaba completamente abierta, en gesto de estupefacción:

—Si él se mueve, matadlo —dijo el barbudo.

Luego se acercó a Número Uno, y también de un seco tirón, le arrancó la gris cabellera, dejando al descubierto sus cabellos color cobre. Fabián Ayala dejó de contemplar la hermosísima y larga cabellera negra de Margarita, para fijar su mirada en los sorprendentes cabellos de Angel Tomás. Luego volvió a mirar cada vez más desconcertado a Tadeo Fuencarral, cuya lividez era cadavérica.

—¡No es posible! —jadeó, por fin, Fuencarral.

—¿No es posible? —se volvió a mirarlo duramente el portavoz de los visitantes—. Es usted un viejo chocho y estúpido, Fuencarral. Nosotros recurrimos a usted porque sabíamos que era el que, sin discusión ni vacilación de ninguna clase, aceptaría todas nuestras proposiciones. Pero, realmente, cometimos un gran error. Un error que puede costamos no sólo la imposibilidad de instaurar alguna vez la República de Ilopango, y en ésta el New International Bank, sino también nuestras vidas. ¿Realmente no se da cuenta de lo que está ocurriendo?

—No… No.

—Pues se lo voy a explicar muy brevemente. Para nosotros, para nuestro grupo, es evidente que nuestros planes, o por lo menos el inicio de ellos, han sido descubiertos. Mi opinión personal es que estamos enfrentados nada menos que a la CIA norteamericana. ¿No es cierto, señora Tomás?

La agente secreto internacional sonrió fríamente, y asintió con un gesto:

—En efecto. Están ustedes enfrentados a la CIA.

—Bien, mala suerte… pero nosotros no vamos a entregarnos tan fácilmente a la CIA, ni a nadie. Nuestros proyectos son demasiado importantes para detenernos ante nada y ante nadie.

—¿Qué proyectos son ésos? —inquirió la hermosa mujer de los largos cabellos negros.

El barbudo ladeó la cabeza, y, de pronto, sonrió, mostrando un instante los dientes, entre la barba y el bigote.

—Esos proyectos son bastante sencillos de explicar. Utilizando al general Tadeo Fuencarral como estandarte representativo de la revolución, pensábamos, primero, asesinar a los presidentes de Honduras y El Salvador. Inmediatamente, Tadeo Fuencarral procedería a una revolución, que inmediatamente, a su vez, se convertiría en la invasión de Honduras, de tal modo que, en pocos días, utilizando los hombres que el comandante Arévalo y otros que están esperando instrucciones, pondrían a su disposición, tendría totalmente controlados los dos países. En muy poco tiempo se habría conseguido instituir, con los territorios que ahora son Honduras y El Salvador, un nuevo país, al que se llamaría la República de Ilopango. Y en esa república, inicialmente, gobernaría el general Fuencarral.

—Ustedes, naturalmente, se dan cuenta de los miles de víctimas que ocasionarían, con una acción semejante —murmuró Baby.

—Por supuesto que sí. Pero en todo el mundo mueren cada segundo, muchas personas. ¿Qué importan unas cuantas más? Por si usted no lo sabe, no son precisamente las guerras las que más muertes ocasionan en el mundo.

—¿Qué quiere usted decir? —intervino Angel Tomás.

—Quiero decir que hay otras muchas causas en el mundo, por las cuales muere la gente. Estoy hablando, por ejemplo, de enfermedades. La mayor parte de las enfermedades existentes hoy en día, serían perfectamente curables si los auténticos dirigentes de los gobiernos del mundo así lo decidieran. Pero no interesa mantener tantísima población con vida, en un planeta que se está superpoblando. Por eso, en muchísimos sitios, se establecen zonas a las que no llegan los adelantos de la llamada civilización. Son zonas llamadas de diezmo, donde se va aligerando la población mundial. Naturalmente, para ello se han

escogido países pobres y gente a la que se mantiene en una ignorancia y una incultura verdaderamente brutales… Considerando estas cosas, que son perfectamente planeadas por gobiernos honrados y legales… ¿por qué mi grupo no puede provocar una revolución, y luego una guerra, que nos proporcione un país para establecer en él nuestro New International Bank?

—El comandante Arévalo tenía un billete por valor de un millón de dólares norteamericanos en su caja fuerte —murmuró Baby—… ¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que para mil novecientos setenta y ocho, que es cuando nosotros teníamos pensado que estaría constituida ya la República de Ilopango, el comandante Arévalo cobraría la cantidad de un millón de dólares en que ha sido valorada su ayuda y participación en todo este asunto. Eso es fácil de comprender, me parece a mí.

—Eso, sí —admitió Baby—. Lo que no comprendemos, ni Angel ni yo, es la necesidad que tienen ustedes de emitir billetes de oro.

—Oh, bien —de nuevo mostró los dientes en una sonrisa el barbudo —… Eso es, simplemente, como una demostración palpable del gran poder financiero del que dispondremos, dentro de un par de años. En definitiva, se trata de conseguir la República de Ilopango, para que, en ella, el New International Bank se convierta en algo así como el depositario de todas las verdaderamente grandes fortunas del mundo. Hemos pensado, sencillamente, desbancar a Suiza, en este asunto de custodia de los grandes capitales. Suiza es un país ya gastado en este aspecto, y está muy estudiado y criticado. Por lo tanto, un grupo de financieros nos reunimos para estudiar una nueva modalidad, que nos produjese enormes dividendos. Entonces, se pensó en el New International Bank. Este Banco, dentro de poco, habría absorbido la mayor parte del dinero manejable del mundo. Y disponiendo y pudiendo manejar este dinero, podríamos emprender grandes empresas, que se iniciarían de un modo puramente financiero, y luego irían derivando hacia un poderío político e incluso militar.

—En definitiva, que con el poder que les proporcionaría el dinero que se depositase en el New International Bank, que al parecer ofrecería más garantías y menos complicaciones legales que los Bancos suizos, ustedes tenían proyectada una gran expansión y poderío mundial, en todos los órdenes.

—Así es —asintió el barbudo.

—Siempre, basándose en esta revolución y en estas miles de muertes… Muertes que, más adelante, podrían multiplicarse por diez, por cien, o por mil… ya que si era necesario organizar otra revolucioncita, o alguna que otra guerra entre dos o más países, ustedes no vacilarían en ello. ¿No es cierto?

—Cierto es. Ustedes, evidentemente, son capaces de comprender

estas explicaciones, con gran rapidez. ¿Hay algo que todavía no hayan comprendido?

—Todo está bien comprendido —murmuró Brigitte Baby Montfort.

—Entonces, esperamos no parecerles descorteses si terminamos ya esta conversación. ¡Matadlos!

Si el grupo de barbudos esperaba sorprender a sus cuatro personajes amenazados, se equivocaron en un cincuenta por ciento.

Ciertamente, sorprendieron a Tadeo Fuencarral y a Fabián Ayala, que ni mucho menos esperaban aquella reacción por parte de los que todavía consideraban como asociados y amigos. Pero Baby y Número Uno, en ningún momento podían haber considerado amigos a aquellos personajes, y tenían, además, una larga experiencia, que les había hecho comprender, ya hacía rato, que si les estaban dando tantas explicaciones era porque no pensaban dejarlos con vida.

Así que cuando los barbudos comenzaron a disparar, solamente pillaron desprevenidos a Fuencarral y Ayala, pero no a Baby y a Número Uno.

Es más, tanto Número Uno como Brigitte tenían pensado lo que podían hacer, su única posibilidad de hacer frente a aquellos hombres. Y sus lógicas mentes habían pensado exactamente lo mismo: Saltar hacia Fabián Ayala, que era el hombre que tenían más cerca, y arrebatarle la pistola para utilizar ésta, en defensa de sus vidas.

Tal era la coincidencia de pensamientos, que cuando los barbudos comenzaron a disparar Brigitte y Número Uno estaban ya en el aire, saltando hacia Fabián Ayala. Número Uno tenía también sus propios planes aparte. Y sus planes consistían en evitar siempre a Brigitte cualquier daño. Así pues, mientras estaban ambos en el aire, el espía empujó a Brigitte por un hombro, derribándola encima de un sillón, con tal fuerza, que éste volcó y Brigitte salió rodando por detrás… mientras Número Uno recibía en pleno pecho el impacto del cuerpo de Fabián Ayala, desplazado brutalmente por varios disparos efectuados por los barbudos.

Lo mismo estaba sucediendo ya con el general Fuencarral, que con el pecho ensangrentado y los ojos desorbitados por el dolor y el terror, retrocedía como si fuese recibiendo bruscos empujones, que no podían acabar de tirarlo… Estaba ya cayendo el anciano hacia atrás, muerto por fin, cuando los dedos de Número Uno conseguían agarrar la pistola que todavía sujetaba rígidamente Fabián Ayala.

Empujando el cuerpo de éste hacia los barbudos. Número Uno empuñó la pistola, apuntó hacia uno de ellos, y disparó rápidamente.

El hombre lanzó un grito agudo, soltó su pistola, y se llevó su mano derecha al hombro izquierdo, donde el precipitado disparo de Número Uno le había alcanzado. Precipitadísimo, porque al mismo tiempo que

disparaba, Número Uno saltaba hacia atrás, buscando también la protección del sillón.

Llegó junto a Brigitte de nuevo, a tiempo de ponerle una mano en la espalda y mantenerla apretada contra el suelo… mientras alrededor de ellos, y por encima, chascaban los estampidos de los disparos de tres de los barbudos.

Sin pararse en consideraciones ni buscar grandes resultados, Número Uno sacó la mano armada por un lado del sillón, y disparó tres o cuatro veces… Oyó una nueva exclamación de dolor, pero no se confió en absoluto. Se cobijó de nuevo tras el sillón, esperando que los demás fuesen haciendo gasto de munición, y, si eran lo bastante tontos, que incluso llegasen a agotar las balas de sus cargadores.

Pero los barbudos no parecía que fuesen demasiado tontos. En lugar de continuar aquella pelea con un hombre que, lógicamente, debía utilizar las armas mucho mejor que ellos, lo que hicieron fue correr hacia la puerta del gran despacho-salón, pero siempre sin dejar de disparar hacia el sillón tras el cual se protegían los dos espías.

La granizada de balas les mantuvo inmovilizados allí, hasta que, de pronto, las balas dejaron de llegar, y oyeron el fuerte chasquido de la doble puerta al ser cerrada.

—Cuidado —susurró Brigitte—. Puede ser una trampa, Uno.

—Lo sé.

Quedaron silenciosos y tensos los dos, Número Uno siempre atento al momento en que fuese necesario utilizar la pistola. Cerca de ellos, Fabián Ayala yacía boca abajo, con los brazos hacia adelante. Tenía el rostro vuelto hacia un lado, de modo que veían sus facciones desencajadas y lívidas. Todavía más cerca que Fabián Ayala, el general Tadeo Fuencarral, igualmente cadáver, yacía de espaldas, contemplando con sus desorbitados ojos el techo.

De pronto, comenzaron a llegar fuertes gritos desde el exterior. Brigitte y Número Uno se miraron, y acto seguido Uno se tiró hacia la derecha, rodando por el suelo tan solo una vez y apercibiendo enseguida la pistola, moviéndola en abanico velozmente de un lado a otro del salón.

Pero no, no había nadie allí dentro.

En cambio, afuera sí habían muchos hombres, a los que, con sus gritos, estaban apercibiendo los barbudos.

La voz del barbudo portavoz del grupo, llegó incluso nítidamente a oídos de Brigitte y Número Uno:

—¡Han montado al general Fuencarral y a Ayala! Vayan por ellos y extermínenlos. No les concedan la menor posibilidad de vivir.

Brigitte, que también se había asomado por detrás del sillón, vio entonces en el suelo una pistola, y se apresuró a recogerla. Era la del

barbudo que había herido Número Uno en un hombro, y que se había apresurado a escapar con sus compañeros, desdeñando el arma.

—Tenemos dos pistolas, pero son ahora catorce hombres, según calculo —dijo Brigitte—. No me parece una proporción adecuada, así que voy a llamar a Simón para que pase a recogernos con el helicóptero.

Número Uno asintió, y se colocó de modo que pudiese controlar el gran ventanal, por el cual sería facilísimo atacarles.

Mientras tanto, Brigitte había sacado la radio de bolsillo, y estaba ya en contacto con Simón, al que ordenó rápidamente que pasase a recogerlos a los dos de acuerdo al plan establecido para una emergencia de aquella clase.

Ya avisado Simón, Brigitte fue a colocarse junto a Número Uno, y apuntó hacia la puerta, mientras el espía seguía apuntando hacia el ventanal. Un minuto más tarde, nada había sucedido, el silencio era total, lo único que había oído antes había sido el rumor de un coche alejándose. Y por supuesto, comprendieron la jugada. Los cuatro barbudos, uno de ellos herido, huían de allí, dejando a los hombres de Fuencarral que se las arreglasen como pudiesen, y dispuestos ellos a escapar y ponerse a salvo definitivamente, puesto que, gracias a sus barbas, no podrían ser identificados en ningún momento.

Y fue entonces, cuando Brigitte estaba pensando esto, cuando comenzaron a oír los ladridos furiosos de los perros.

Capítulo VIII

LOS furiosos ladridos de los perros impulsaron a Brigitte y Número Uno a mirarse vivamente.

—Los perros —murmuró Brigitte, con voz tensa—. Seguramente, van a sacrificarlos en el ataque contra nosotros, mi amor. Mientras nosotros atendemos el ataque de los perros, ellos podrán dispararnos a mansalva.

—Supongo que esto es lo que intentan, en efecto —dijo Número Uno —. Pero no vamos a esperar que los perros lleguen hasta aquí.

Se pusieron ambos a correr hacia la puerta del despacho-salón. Número Uno la abrió rápidamente, y se colocó hacia un lado.

Tal como temía, en efecto, desde el vestíbulo les dispararon, pero la situación era demasiado mala para andarse con muchísimas precauciones. Excesivas precauciones, que solamente podían ocasionar una gran pérdida de tiempo, que les costaría la vida.

Así pues, tanto Angelo Tomasini como Brigitte Montfort, tras esperar la primera andanada de balas que pasaron por el hueco de la puerta, se lanzaron fuera del salón, tirándose al suelo y rodando sobre sí mismos.

Afuera, en el vestíbulo, los dos hombres que permanecían vigilando la puerta lanzaron una exclamación de asombro ante aquella reacción, no ya valerosa, sino de apariencia suicida, de los dos espías.

Desde el suelo, éstos disparaban ya sin consideraciones de ninguna clase, ni pararse a ver quiénes eran los que iban a recibir sus balazos. Cuando se lanzaron escaleras arriba, Brigitte Montfort y Número Uno no sabían que acababan de dejar, muertos en el vestíbulo, a Desmert y a Roy Waldorf, los lugartenientes de los mercenarios asesinos Lazlo Krap y Billy Ziegel.

Ni tenían tiempo para pensar en estas cosas. Porque mientras subían las escaleras, la puerta de la casa se abrió, y los cuatro perros entraron ladrando furiosamente y se lanzaron en el acto escaleras arriba, en pos de los dos espías.

—¡Al desván! —gritó Número Uno—. ¡Al desván, Brigitte!

Si se equivocaban, estaban perdidos, desde luego. Al fondo del corto pasillo del piso superior había una puerta, que, de acuerdo a toda lógica, debía ser la del desván de la casa, y salida al tejado… Brigitte fue la primera en llegar a ella, mientras Número Uno se volvía y disparaba escaleras abajo. Se oyó un agudísimo aullido de dolor, y los ladridos de

los otros tres perros aumentaron en potencia… mientras, desde la puerta de la casa, abajo, se oían las voces de los hombres, azuzando aún más a los perros.

Brigitte había abierto la puerta del fondo del pasillo, y Número Uno llegó corriendo, entró, y se volvió para ayudar a Brigitte a cerrar la puerta. Un ladrido fortísimo, un alarido espantoso de dolor, los hizo estremecer a ambos, que miraron la parte delantera de la cabeza del perro que había conseguido introducirla entre la puerta y el marco. El animal' continuaba aullando y rugiendo a la vez, con una furia inaudita, pero, por supuesto, los espías no tuvieron la menor compasión. Número Uno utilizó la pistola para golpear fortísimamente la cabeza del animal, mientras cedían un poco en la presión.

—Van a disparar enseguida a través de la puerta —jadeó Número Uno—. ¡Pronto, sube al tejado!

—Pero tú también…

—¡Sube! —gritó el espía.

Había una escalerilla de tramo de madera, que Brigitte escaló apresuradamente. Cuando volvió la cabeza para gritar a Número Uno que subiese también, él estaba prácticamente pegado a ella, y señalando hacia arriba. Todavía subió Uno un peldaño más, dio un fortísimo golpe con los hombros y la nuca a la trampilla, y ésta saltó bruscamente hacia el tejado… En aquel mismo momento, abajo, los estampidos de varios disparos ahogaron este ruido, y varias balas comenzaron a astillar la puerta y a rebotar de un lado a otro del pequeño desván.

Sosteniéndose precariamente en el tejado, Brigitte y Número Uno se colocaron de rodillas, asegurando bien su posición, y apuntando sus armas hacia la salida. Quienquiera que fuese, hombre o animal, que apareciese por allí, tenía la muerte asegurada.

—¿Y si colocásemos de nuevo la trampilla? —sugirió Brigitte.

—¿Para qué?

—Si son hombres, ya sé que conseguirán alzarla, pero no lo conseguirán, si son perros… Y esa gente está empeñada en enviarnos por delante a los perros, Uno.

—Tienes razón. No te muevas de aquí.

Cubriendo la acción quedó Brigitte, y Número Uno fue el encargado de realizarla. Recuperó la trampilla que había arrancado tan violentamente, y… Brigitte tenía razón. Un hombre podía alzar la trampilla, pero no un perro.

Y muy pronto quedó demostrado que la precaución de la divina espía había sido de lo más oportuna, pues abajo, cerca de la trampilla, comenzaron a oírse los ladridos de los perros… Pero mientras tanto, por encima de ellos se oía también el rumor de un helicóptero, acercándose.

Abajo, en el jardín, debían quedar seguramente algunos hombres

que, por supuesto, se habían percatado ya de la presencia del helicóptero, y esto quedó demostrado cuando comenzaron a sonar algunos disparos. Pero muy pocos disparos, y muy pronto fueron acallados. Desde el helicóptero partieron algunos objetos brillantes, y unos instantes después, abajo, se oían sordas explosiones y comenzaban a aparecer grandísimas bolas de denso humo blanco, que comenzó a llenarlo todo.

Para cuando el humo blanco llegaba también a lo alto de la casa, y comenzaba a cubrirla como una nube, el helicóptero estaba encima mismo del tejado, y de él pendía una escala de cuerdas, a la cual se asieron con ambas manos Número Uno y Brigitte,

Cuando el helicóptero se alejó del tejado, llevando colgados a los dos mejores espías del mundo entero, la hacienda del general Tadeo Fuencarral parecía talmente una ancha nube de densísimo humo blanco, que lo sofocaba todo.

Y balanceándose en el espacio, Número Uno miró a Brigitte, y señaló con la mirada hacia arriba.

—¡Sube tú primero! —gritó.

Brigitte no discutió en absoluto. Sabía perfectamente que la potencia muscular de Número Uno era muy superior a la de ella, y que podía permanecer mucho más tiempo colgado. Así pues, se apresuró a subir por los escalones de cuerda, y a pasar al interior del helicóptero. Apenas había tenido tiempo de instalarse dentro, y de sacar la cabeza para ver cuál era la situación de Número Uno, cuando la cabeza de éste apareció también en el hueco. Brigitte le ayudó… es decir, hizo movimientos que a ella la convencían de que ayudaban al espía a abordar también el helicóptero. Unos segundos después, los dos estaban en la parte de atrás del aparato, contemplados por el sonriente Simón-San Salvador, que volvía la cabeza hacia ellos.

—¡Caramba! —exclamó el agente de la CIA—. Si no se nos hubiese ocurrido organizar este recurso de ayuda, ahora estarían ustedes muertos y remuertos, me imagino.

—Tan sólo con estar muertos, ya era suficiente para lamentarlo —dijo Baby.

—Yo creo que los muertos no lamentan nada —dijo Número Uno.

—Pero eso será porque no pueden —sonrió Brigitte, todavía tensas las facciones—. ¿Estás bien, mi amor?

—Sí. No te preocupes por mí, y atiende lo que verdaderamente interesa en estos momentos.

Brigitte asintió con la cabeza, y se volvió a mirar al agente de la CIA que pilotaba el helicóptero.

—Simón, ¿están siguiendo a los barbudos, nuestros dos compañeros que estaban vigilando la casa para avisarnos cuando llegasen visitas?

—Sí. Se escaparon en un coche, pero nuestros compañeros partieron inmediatamente detrás de ellos.

—Espero que sepan hacerlo de modo que los barbudos no se den cuenta de que son seguidos.

—Bueno, no son novatos precisamente, pero a cualquiera pueden salirle las cosas mal, en alguna ocasión. De todos modos, yo espero que… Simón II y Simón III sepan hacer bien las cosas. ¿Por qué no les llama por la radio?

—Le voy a sugerir algo, que creo será mejor —dijo Brigitte—. Puesto que usted conoce el país mejor que nosotros, será mejor que sea usted quien atienda el contacto con nuestros compañeros, a fin de poder seguir, en todo momento, sus instrucciones respecto a la dirección que siguen esos barbudos de la República de Ilopango.

—¿De qué? Ah, pero ¿existe esa república, a fin de cuentas?

—Será mejor que llame a Simón II y a Simón III —refunfuñó Brigitte—. Ya hablaremos después de la república de Ilopango y del New International Bank. Por cierto, Simón, en cuanto haya conseguido usted contacto con nuestros compañeros, y sepa hacia dónde tiene que ir, utilice la radio del helicóptero, con la frecuencia reglamentaria, para avisar a las autoridades salvadoreñas sobre lo sucedido en la hacienda del general Fuencarral. Y sería conveniente que sugiriese usted la utilización de la milicia para ocupar esa hacienda y hacerse cargo de todos los hombres que encuentren ahí, víctimas del gas que les ha arrojado.

—¡Okay! —exclamó el espía—. ¡A la orden, Baby!

* * *

El barbudo herido había sido colocado en la litera de uno de los camarotes del yate Atlántida, y despojado ya de su barba. Los otros tres habían hecho lo mismo, y estaban junto a su compañero. Uno de ellos, el de más edad, observando con preocupación la herida entre las ropas que acababa de desgarrar.

—La herida en sí no es grave —murmuró—. Lo grave sería tener que dar explicaciones sobre ella a los guardacostas de cualquier país… e incluso del nuestro, cuando lleguemos a la costa californiana.

—Podemos parar, antes, en cualquier parte y buscar un médico que, por una buena cantidad de dinero, se porte discretamente —sugirió otro de los barbudos.

Todos se habían quitado las barbas ya, mostrando sus facciones limpias de todo truco.

—Sí —dijo el portavoz del grupo de financieros—, no habrá más remedio que recurrir a algo así, pero no, desde luego, mientras estemos

todavía en El Salvador.

—No voy a poder resistir el dolor tanto tiempo —jadeó el herido.

—Pues tendrás que soportarlo —refunfuñó el portavoz—. Lo siento mucho, pero comprende que todos saldríamos perjudicados, si recurriésemos a un médico de El Salvador.

—Yo creo que James tiene razón —dijo otro del grupo.

El herido asintió con un gesto, y cerró los ojos, fatigado. Efectivamente, James Jefferson, el jefe del grupo, tenía razón, y él lo sabía. Pero también sabía que aquella bala le estaba causando un dolor insoportable al herido, y, que si la tenía mucho tiempo dentro del cuerpo acabaría por producirle fiebre, y si la cuestión se alargaba demasiado, podía llegar a ocasionar la gangrena, que daría lugar a su muerte. Pero, en realidad, todos estos pensamientos eran excesivamente sombríos y de mal agüero. ¿Por qué preocuparse tanto? Dentro de unas pocas horas, seguramente antes del amanecer, con la velocidad que podía alcanzar el formidable Atlántida, habrían llegado a la costa de Guatemala, y allí, en cualquier pueblo relativamente importante, podrían conseguir un médico.

—Y a todo esto —intervino otro de los barbudos—, yo diría que no fuiste demasiado listo al hablar tanto. James.

James Jefferson se volvió hacia su compañero como si le hubiese picado una víbora. Pero enseguida, contuvo su gesto desabrido y furioso.

—Tienes razón —tuvo que admitir—, pero estaba tan convencido de que podíamos matarlos a los cuatro que…

La puerta del camarote se abrió de pronto, y apareció Roscoe, el capitán del Atlántida.

—Hay un helicóptero que nos está sobrevolando, y que acaba de darnos unas órdenes por la radio, señor Jefferson.

El propietario del yate, y jefe del grupo que habría de constituir, más adelante, la República de Ilopango y el New International Bank, se volvió a mirar al capitán, palideciendo tanto como hicieron los demás.

—¿Es un helicóptero de las fuerzas Aéreas de El Salvador? —preguntó.

—No. No, señor. Es un helicóptero privado. Un aparato privado, de color rojo y blanco, más bien pequeño, pero con una velocidad endiablada. En él viajan unas personas que dicen son conocidas de ustedes. El matrimonio Angel y Margarita Tomás.

—¡Ellos! —jadeó James Jefferson—. Pero ¿cómo es posible que hayan logrado localizamos?

—Señor Jefferson —instó el capitán—, hay que dar una respuesta urgente a esa gente, o dicen que van a hundir el yate.

—Tonterías —dijo otro de los barbudos—. Yo voy a ocuparme debidamente de ellos, con la ametralladora que llevamos. Vamos arriba,

Roscoe, y entre los dos vamos a encargarnos de ese helicóptero.

* * *

En el helicóptero, Brigitte Montfort y Clark Coleman miraban hacia el yate Atlántida, que navegaba mar adentro, como queriendo perseguir el sol, que se iba poniendo hacia el oeste. La noche llegaría muy pronto.

—No parece que tengan intenciones de detenerse, ni de virar —murmuró Número Uno.

—Deben estar discutiendo la jugada —encogió los hombros Brigitte—. Pero por poco listos que sean, nos obedecerán. Creo que deben llegar a la conclusión de que es mejor regresar a El Salvador, y allí caer en manos de las autoridades civiles o militares, y aceptar las acusaciones del comandante Arévalo, que irse al fondo del mar.

—Por cierto —alzó las cejas Número Uno—: el comandante Arévalo ya debe haber despertado.

—Seguro que sí —volvió la cabeza el siempre sonriente Simón—, pero se habrá llevado la desagradable sorpresa de encontrar allí compañeros de armas que, avisados por nosotros, le están esperando para meterlo en un calabozo. Eso, por el momento. Quizá lo fusilen, naturalmente.

—Puede que lo fusilen —admitió Brigitte—. Pero él se lo habrá ganado y bien ganado. Olvidémonos del comandante Arévalo, que está ya en buenas manos, y vamos a ver si insistimos y vemos a alguien de ese yate. Simón, llámeles de nuevo y dígales…

La ametralladora comenzó a disparar en aquel momento.

Fue una brevísima fracción de segundo la que tardaron en comprender que, en lugar de rendirse y aceptar las consecuencias de sus pretendidos planes, los caballeros del proyectado New International Bank optaban por una lucha que, evidentemente, se proponían que fuese a muerte.

—¡Están locos! —dijo Simón—. ¿Cómo pretenden vencer en un combate tan desigual? Voy a llamarles de nuevo para decirles…

—No llame de nuevo —cortó Brigitte—. Esa gente no admitirá razones. Simplemente, lo que quieren es matarnos. Pues bien, vamos a corresponder del mismo modo.

—Pero ¿no podríamos convencerlos…?

—He dicho que no. No quiero intentar convencer a nadie, a costa de arriesgar la vida de usted, la de Número Uno, y hasta la mía. Le ruego que dé la vuelta alrededor del Atlántida, manteniéndose bastante alejado, hasta que yo le diga que se acerque.

—*Okay.*

Brigitte Baby Montfort abrió su maletín, sacó el pequeño trípode de

patas de aluminio, lo desmontó, y comenzó a montarlo de nuevo, pero no ya como instrumento para apoyar una cámara fotográfica, sino como un largo tubo, al que ensambló luego el culatín de su secador de cabello a pilas. Una vez más, la espía internacional había montado su peligrosísimo tubo-fusil. Y una vez más, introdujo por la boca de éste una cápsula, que parecía de metal azulado.

—Vaya ahora al encuentro del Atlántida, Simón.

—Volverán a dispararnos con la ametralladora, naturalmente.

—Por supuesto. Pero usted ya ha demostrado que es un experto piloto. Todo lo que tiene que hacer es esquivar las balas, y acercarse hasta un mínimo de doscientos cincuenta metros. Lo demás corre de mi cuenta.

—Vale.

Simón-San Salvador cumplió muy bien su parte. Volando casi a ras de agua, de modo que dificultaba el tiro de la ametralladora, ya que, instalada en la cubierta, les era más fácil disparar hacia arriba que hacia abajo, con riesgo de destrozar la borda del yate, el agente de la CIA condujo el helicóptero directo hacia el yate, después de buscarle la popa.

Y cuando estaban a poco menos de doscientos cincuenta metros, Brigitte le ordenó que subiese un poco y dejase el aparato en suspensión. Una vez más obedeció el agente de la CIA, y volvió, una vez más también, la cabeza, para contemplar lo que estaba haciendo la admiradísima y siempre adorada agente Baby.

La agente Baby, simplemente, estaba apuntando hacia el yate Atlántida con su tubo-fusil. De pronto, Simón oyó un suave zumbido en aquel extraño artefacto, y cuando volvió la cabeza para mirar el yate lo vio envuelto en una gran llamarada, que pareció azul por un instante, pero que enseguida se tornó roja, despidiendo enormes cantidades de humo negrísimo y denso, que también muy pronto empezó a desaparecer.

La voracidad de aquel fuego, disparado por Baby, era enorme. En muy pocos minutos, mientras el helicóptero se mantenía siempre a prudente distancia de la posible utilización de la ametralladora por parte de los personajes que habían intentado poner en marcha el asesinato de dos presidentes, y una revolución para unificar dos países, que habrían quedado a su disposición, el yate comenzó a emitir pequeñas explosiones y comenzó a hundirse de popa.

Para entonces, era casi completamente de noche, pese a lo cual, la agente Baby ordenó a Simón:

—Dé unas cuantas vueltas alrededor del yate. Mientras esté a flote, las mismas llamas le iluminarán lo suficiente para ver si hay algún superviviente.

Pero cuando llegó la noche, y los últimos restos del Atlántida se sumergieron para siempre en el mar, no habían avistado ningún superviviente.

ESTE ES EL FINAL

EL avión procedente de San Salvador, tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto internacional de Acapulco, y poco después, los pasajeros que habían efectuado aquel vuelo descendían del aparato y se encaminaban hacia donde deberían afrontar las formalidades legales de rutina.

En todo vuelo hay personajes interesantes. Igual que en todo viaje por tren, por barco, en autocar… Sea cual fuere el medio que se utilice, y sea cual fuere el viaje que se realice, siempre, siempre, puede encontrarse un compañero de viaje que resulte especialmente interesante y agradable.

En aquella ocasión, los ocupantes del aparato que había efectuado el vuelo San Salvador-Acapulco, no tenían la menor duda respecto de quiénes eran los personajes interesantes del viaje.

Eran, por supuesto, el hombre de los ojos negros y cabellos color cobre, y la hermosísima muchacha de larguísimos cabellos negros y ojos de un azul diáfano, mucho más bello que el del propio cielo.

Eran tan apuestos, tan hermosos, tan extraordinarios en todo, que no había modo de sustraerse al gran atractivo de ambos.

Pero, en realidad, esto era lo de menos. Lo que más llamaba la atención de aquella extraordinaria pareja, era el modo que tenían de tratarse. Tan sencillo, tan natural y tan exquisito al mismo tiempo, que, durante el breve vuelo, todos los pasajeros habían recibido una lección que no olvidarían jamás. Él era terriblemente serio, pero amable y complaciente. Ella sonreía mucho más que él, y de cuando en cuando, se inclinaba para darle un besito en una mejilla o en un lado de la boca, y casi siempre le tenía tomada una mano.

En definitiva, todo era muy fácil de comprender: simplemente aquella pareja estaban enamoradísimos.

Así que, mientras, tomados del brazo, el señor Clark Coleman y la señorita Brigitte Montfort se alejaban del aparato, una de las azafatas del vuelo les contemplaba, desde la plataforma. Por fin, suspiró, y se volvió a mirar al mozo de vuelo.

—¡Qué romántica pareja! —suspiró—. ¡Cómo me gustaría ser ella!

—Pues a mí me gustaría ser él —sonrió el mozo de vuelo—. Pero ni tú eres tan guapa como ella, ni yo soy tan guapo como él… ni

seguramente tenemos tanto dinero como parecen tener ellos para disfrutarlo viajando donde les place. Seguro que van a pasar una buena temporada de ocio y de amor aquí, en Acapulco.

—Seguro que sí —asintió la azafata—. Pero no creo que el dinero tenga gran cosa que ver con esto. Yo creo que una pareja que se ame así, una pareja tan romántica, pueden pasarlo bien, si están juntos, en cualquier parte del mundo.

FIN

Baby...

¿es amor?

SI
Pero también
es acción,
es dureza,
es inteligencia.

BRIGITTE «BABY» MONTFORT
a pesar de la despiadada lucha que sostiene contra las fuerzas del Mal que corrompen nuestro desquiciado mundo es, en el fondo, una dulce muchacha que prefiere una rosa a un cohete nuclear.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN SU SERIE ARCHIVO SECRETO
ofrece a sus lectores las aventuras de esta famosisima agente corocida popularmente como la espia «BABY».

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.